

# EL MUNDO.

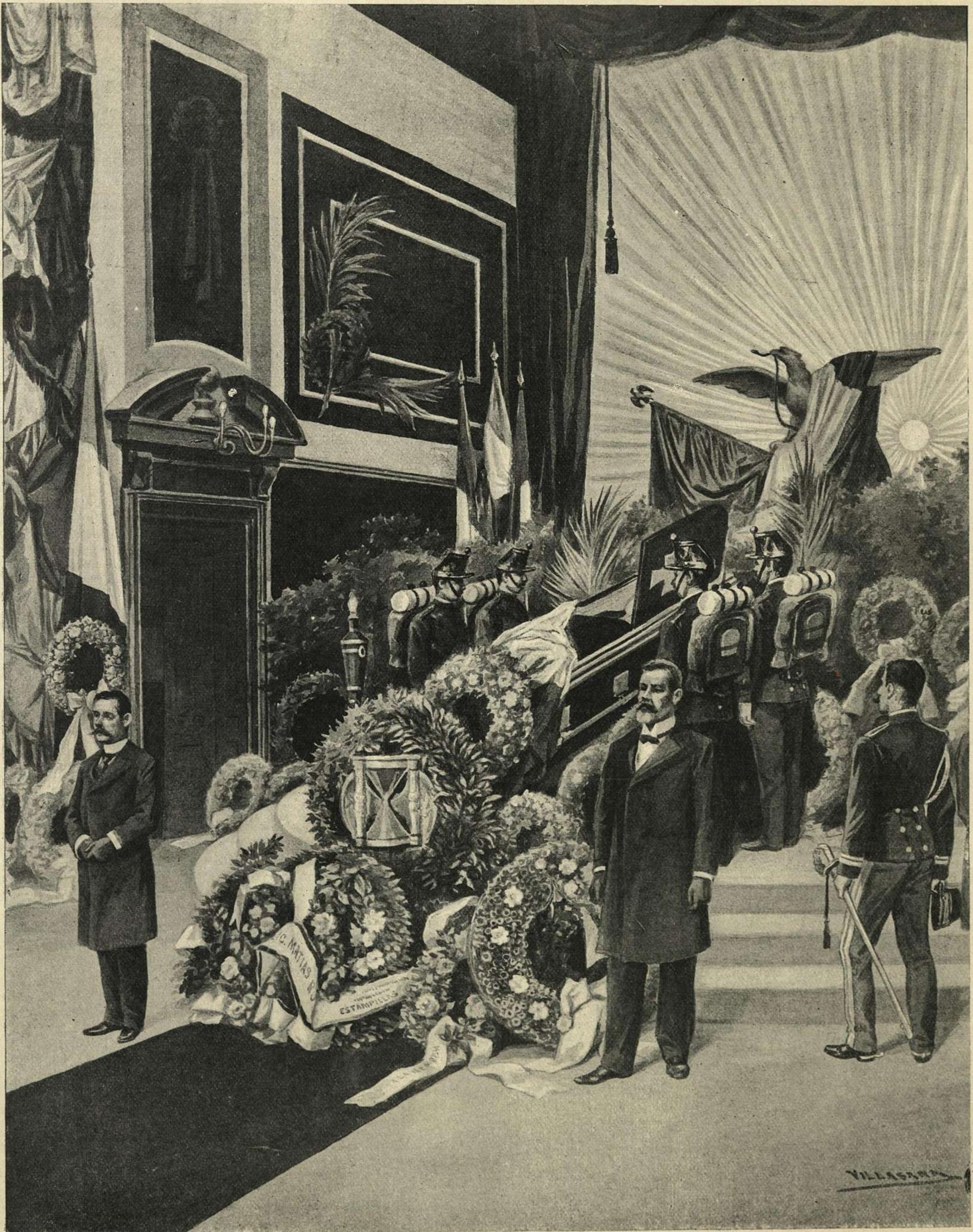
Año VI - Tomo I

México, Domingo 22 de Enero de 1899.

Número 4

*Los funerales del Sr. Lic. Don Matías Romero,*

**Primer Embajador de México en Washington.**



**LA CAPILLA ARDIENTE.**

Director: LIC RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

Los diarios de estos últimos días han traído frecuentes noticias acerca de los mendiguillos callejeros, y, con este motivo, se han hecho observaciones más ó menos acertadas, pero todas ellas tristísimas.

En efecto: cuando la procesión de carruajes vuelve de la Reforma, y nuestra gran avenida se anima por un momento, para tornar á poco á la habitual tristeza, síntoma de nuestra anemia social, puede el observador notar un curioso fenómeno y hacer una entretenida estadística: ya en México no hay, ó casi no hay, pobres grandes. Todos son chicos. Por cada anciano que pasa implorando la caridad pública, por cada *lázaro* que cruza, haciendo una verdadera exposición imperial de llagas, por cada harapo humano que se arrastra sobre el asfalto, por cada enfermo, por cada mutilado, hay cinco, diez, veinte niños que explotan el más rico filón en la vida de los pueblos civilizados: la mendicidad.

Es asombroso pasar revista á esta infancia harapienta que se escurre, como agua fangosa por un canal de mármol, por las principales calles de la ciudad. Es un pueblo de mendigos liliputienses. Atravesamos por entre una *hampa* diminuta, como por un campo de espigas. Apenas nos llegan á la rodilla los de estatura más elevada. Por nuestras piernas abiertas puede pasar la muchedumbre como un ejército por un arco triunfal. Hugo se hubiera admirado de ver tan bien representada su *Corte de los Milagros* por una compañía infantil.

Ya los viejos encontraron apoyo; ya los hombres hallaron trabajo; ya nada más los chicos se quedan sin pan; ya sólo la niñez está indigente.

Se acerca á usted una mujer; pero no pide para ella, pide para el chiquitín que lleva en los brazos, y para los tres ó cuatro arrapiezos que le rodean. Es débil; mas no porque sea hembra sino porque es madre. De las junturas de los adoquines, de las losas de las aceras, de las piedras del arroyo, de los rezumaderos de las cloacas, sale un grito. Se inclina usted: ¿quién llama? ¿qué voz doliente implora, que viene tan de abajo y que parece tan desfallecida y tan triste? Una miriada de pequeños brazos desnudos, como las yerbas en un llano, sale del pavimento de la vía pública. Arriba, las manecitas abiertas, como flores obscuras sobre tallos altos y débiles, esperan la limosna para cerrarse en puño. La palma de esa mano es muy reducida; no le cabrán muchas monedas; con una, y muy pequeña, se ocuparía el espacio, y los dedos podrían moverse como tentáculos que afianzan. Además la voz quejumbrosa pide bien claro: *un centavo, un centavo*. Y usted, sensible y tierno, y con no sé qué atávicos instintos piadosos, se conmueve; recuerda usted, haciendo una rápida é inconsciente memoria, al bebé de la casa, al hijo muerto, á la hermanita ausente; recuerda usted su propia infancia, sus tristezas de niño, y en ligeros movimientos, su mano nerviosísima, huronea el fondo de los bolsillos para encontrar los centavos, que, como lluvia benéfica y refrescante sobre un campo árido y ardiente, caen y desaparecen.

Se siente usted satisfecho, se cree en lo interior, por más que no lo diga, un bueno. Paldea usted su momento de santo. Quizá acaba usted de esquilmar al prójimo, de cobrarle rédito subido al deudor, de exigirle la mensualidad adelantada al arrendatario, de comprar barata una honra, de calumniar al vecino con el pretexto de compadecerle, en fin, quizá viene usted de cometer una mala acción, que juzga borrada con esta otra que encierra en sí tantas obras misericordiosas; dar de comer al hambriento, dirigir al huérfano, consolar á los afligidos. . . .

Pues, amigo mío, lo que acaba usted de hacer es una barbaridad, y si mucho se me urge le aseguro que es una perversidad, y si aún más se me exige, le afirmo que es un delito que escapa á los castigos marcados en los Códigos, como tantos otros. Lo que acaba usted de hacer es contrario á la filantropía, aunque aparentemente no lo parezca. Bien visto el delito de usted es un delito de culpa, no merece cadena perpetua. Porque usted se figura que las pocas monedas de cobre que ha arrojado á la miserable chiquillería, van á convertirse por los milagros de la necesidad, en los cinco mil panes de la Biblia ¿no es verdad? . . . ; Y qué equivocado anda usted, hombre sensible! Desde luego noto que empieza usted á sentirse molesto; hace un instante lo seguían cinco criaturas y ahora los siguen veinte; la pobreza es insaciable. Existe cierta telepatía entre los mendigos; la limosna que se da á uno parece tener eco; se oye por todos los otros. Cuando los pordioseros olfatean una buena presa, atacan, como los coyotes, en manada. He aquí la primera molestia de la caridad callejera. Pero si no fuera más que eso. . . .

Decía yo que usted se figura que ha hecho un beneficio. Y se frota las manos con satisfacción. ¡Hombre de Dios! ¿Pues qué, no se ha fijado en que á veinte pasos, esquivando la luz, le siguen la pista unas sombras siniestras? No son aparecidos, no son gigantes, no son bandidos, no son *rateros* siquiera;

son comprachicos. Es una cuadrilla de vagabundos sucios y perdidas greñudas, el estado mayor que dirige este batallón de enanos.

Cada pareja de estas, si usted quiere acercarse, le responderá que es la del padre y la madre, y tal vez lo sea, efectivamente; pero es una paternidad abominable, sin lazos de afecto, sin piedad y sin ternura. A ellos irán los centavos de usted, los que atrapan en el aire las manos de los niños y de allí, irán á la taberna.

No es el hambre de los chicos lo que van á satisfacer, sino la sed de los grandes. Estos muchachos conocen los centavos, pero no las caricias; de suerte que en lugar de pan recibirán golpes, y con ellas unas cuantas migajas, las necesarias para sostener en pie á estos débiles seres que, en sus correrías, son el sostén del vicio vagabundo y de la truhanería holgazana. Algunos, muchos, no son tales padres. ¿No ha leído usted la prensa? Hay *rateros* de infantes. ¿Que para qué los roban? Pues para esto: para explotarlos. Y ellos, los chicos, en fuerza de rozarse con el mal, adquieren su costra de malvados. Quizá muy adentro sigan siendo niños; pero ya han visto las mil y tres cosas de la vida bohemia, y las han aprendido. Los instintos malos se desarrollan muy pronto—¡como que el hombre los trae desde la cuna y de día en día, estos mendiguillos, á quienes usted socorre y fomenta, enraizan en la prostitución y en el crimen! . . .

\* \*

*Cármén, Fausto, Mignon*; las óperas de la semana, una trilogía espléndida de música francesa.

La de Ambrosio Thomas, no obstante, posee más que las otras, las cualidades características del pueblo francés: es graciosa, elegante, fácil, harmónicamente proporcionada. Su distintivo es la soltura, la gallardía, la seguridad. Las melodías corren como un hilo de oro, sin obstáculo, sin tropiezo, tejiendo al rededor de la letra caprichosos y sutiles arabescos. No hay complicaciones, no hay misterios en esa música dulce que sale fresca y clara de la inspiración del maestro, como el agua mana de las fuentes.

He aquí por qué Thomas hizo de su *Mignon* una obra suprema. El tierno episodio de Goethe, melancólico y ténue, parecía hecho solamente para la concepción del compositor francés. La letra estuvo esperando á la música como á una hermana desconocida. Cuando se vieron juntas se abrazaron sin asombro, y desde entonces viven amándose, unidas por el mismo ensueño. . . . .

*Fausto* es una noche de luna; *Cármén* un día de sol. Con estas tres óperas podría formarse un grupo escultórico: las tres gracias francesas.

Publica hoy *El Mundo* el retrato de Blanca Barducci, soprano dramática aplaudida en la Santuzza de «Cavallería». En esta obra se reveló una artista discretísima y conocedora de la apasionada música de Mascagni.

\* \*

Por lo demás, á vista de pájaro la semana es tersa, uniforme y monótona como el Desierto: los funerales del Embajador Romero, la muerte extraña de un joven, la funesta caída de una dama. . . . .

Tras esos acontecimientos anda el reporter; no son del cronista; le pertenecen al noticiero; que los tome.

LUIS G. URBINA.

## Política General.

RESUMEN.—LA EXPANSIÓN TERRITORIAL ANTE EL SENADO AMERICANO.—LA RESISTENCIA DE LOS TAGALOS Y VIZAYOS.—SUEÑOS DE INDEPENDENCIA.—COMISIÓN CIVIL DE LOS ESTADOS PARA CONJURAR EL CONFLICTO.—ENTRE BASTIDORES.—EL PRÍNCIPE ENRIQUE DE PRUSIA.—NUEVOS PELIGROS.—EL PARLAMENTARISMO FRANCÉS.—VICIOS TRADICIONALES.—LOS PARLAMENTOS Y LA CONVENCION.—LA REVISIÓN CONSTITUCIONAL.—TEMORES Y ESPERANZAS.—PELIGROS Y NECESIDADES.—AUTONOMÍA DE LAS PROVINCIAS.—CONCLUSIÓN.

Entre los rasgos que han podido caracterizar últimamente la grandeza del pueblo americano, debe citarse como el más saliente, la oposición habida en el Senado á la expansión territorial. Nada de deslumbramientos, nada de fascinaciones, nada de espejismos caudalescópicos por lo que comúnmente se llama engrandecimiento de las naciones; no se pagan los senadores demócratas de falsos oropeles ni se alucinan con resplandores de efímera grandeza. Vuelven la vista al pasado, contemplan con patriótica devoción las grandes enseñanzas de los fundadores de la República, y quieren permanecer fieles á la tradición inmaculada de Washington, gran padre de la patria. «¿Con qué derecho—preguntaba un senador—nos apoderaremos de

Filipinas? El pabellón de las estrellas, flotando en aquellas apartadas comarcas, casi no es el mismo que adoramos aquí en nuestra patria. Aquí es el emblema de la ley; allí es símbolo de conquista.»

Y no parece sino que los acontecimientos vienen dando la razón á los que miran un peligro en la expansión territorial, á que ha dado ocasión más que el protocolo de Washington el tratado de París, para arreglar definitivamente la paz entre los Estados Unidos y España. Guiados por su fiebre de independencia, impulsados por brisas de libertad y alentados por los primeros pasos en el ejercicio de derechos autonómicos, resistense los pueblos tagalos á sujetarse bajo el imperio de la ley americana. Constituyen gobiernos, convocan parlamentos, lanzan al mundo patrióticas proclamas, y quieren á todo trance demostrar que no son hordas salvajes ni chusmas de bandidos, sino agrupaciones civilizadas, capaces de organizarse y de vivir según leyes humanas y con derechos modernos. Tagalos y vizayos que forman lo más avanzado en cultura de aquel grupo, prepáranse á resistir á las armas del general Ottis y á las proclamas conciliadoras de McKinley. A no haber procedido con extremada prudencia los jefes del ejército y de la escuadra americana, radicados en Manila y en su puerto, ya se habrían roto las hostilidades, se habría sacudido de nuevo aquel suelo virgen, entre las convulsiones de guerra tremenda, y otra vez la sangre habría empapado la tierra y manchado las aguas en aquellas remotas regiones.

\* \*

Buscando ante todo la conciliación, hasta hoy ha podido lograrse que queden frente á frente los dos ejércitos, recelosos, precavidos, rivales, pero no enemigos. Seguirá la misma política; se agotarán todos los medios pacíficos para evitar un rompimiento; se recurrirá acaso á promesas halagadoras, á ofrecimientos risueños, haciendo ver á los disidentes la libertad é independencia en no lejano día. A este fin sin duda contribuirá, más que los jefes militares y navales, más que los regimientos y batallones que allí se concentran, más que los acorazados y cruceros que allí se juntan, la comisión civil que allá se dirige para tratar con los jefes insurrectos, averiguar sus tendencias, definir sus ambiciones y cohesionar sus deseos con los intereses americanos.

Dóciles las tribus insurrectas, como todos los pueblos primitivos ante la presencia de hombres superiores, podrán así mejor ser sojuzgadas. Fuerzas ciegas que rompen, destrozan y asuelan cuanto es obstáculo á su marcha devastadora, las huestes rebeldes son esclavas de la voluntad de sus jefes: si se logra conquistar á éstos y convencerlos de que van por extraviados caminos y de que han asumido una actitud estéril, oponiéndose á los designios de la Casa Blanca, fácil será someterlas y encauzar sus vivas energías en el rumbo de la paz y el progreso.

Organizado el Archipiélago bajo un gobierno militar, sofocado los resabios de horda, cercenadas las ambiciones salvajes y enseñados todos por un régimen tutelar para el ejercicio del gobierno propio, habrán llegado si más tarde no menos seguramente, al logro de sus justos deseos: la libertad y la independencia.

\* \*

Pero si la bandera tagala, que flamea en los alrededores de Manila, y el estandarte vizayo, que flota sobre los muros de Ilo-Ilo, ocultan extrañas ambiciones; si es verdad como se ha dicho que tras de los jefes insurrectos se mueve oculta la mano del gobierno alemán; si es cierto que el príncipe Enrique de Prusia, hermano del emperador Guillermo, durante su estancia en Hong Kong, puesto en relaciones con los cabecillas insurrectos, ha organizado la resistencia á los americanos, prometido el apoyo moral y suministrado los medios materiales para el conflicto, entonces ¿qué nubes de tormenta se amontonan en el cielo del Extremo Oriente!

Allí donde se han dado cita las ambiciones todas de la Europa monárquica, aparecerá un elemento nuevo de discordia, un nuevo motivo de contienda. Las huestes de Aguinaldo, resistiendo á mano armada al ejército americano, pueden traer el conflicto universal temido; y los regimientos de Ottis y los buques de Dewey, conquistando palmo á palmo el territorio filipino, al mismo tiempo que serán motivo de congoja para los liberales sinceros, serán ocasión de lucha entre las potencias, que fijan sus miradas codiciosas en aquellas tierras apartadas.

\* \*

En el estado de tensión á que han llegado los ánimos, en el período de exaltación que han alcanzado los espíritus y en la agitación extrema que sacude á todo el pueblo francés por causa del asunto Dreyfus, hay todavía almas serenas que ni se conmueven en medio de la excitación pública, ni se dejan arrebatar por las ráfagas revolucionarias en donde muchos ven la única solución posible al conflicto.

Todavía hay genios observadores que buscan el origen de los actuales males en su tronco y raíz; que, apartándose de los puntos de vista ordinarios, registran

## DOS RAZAS Y DOS IDEALES.

UN COLEGIO DE ENSEÑANZA PRACTICA  
EN INGLATERRA.

osados en el fondo mismo de las cosas y de los hombres, para encontrar el remedio y conjurar la tormenta que se cierne amenazadora en el horizonte. En la presente crisis preciso es huír de paliativos anodinos, que aplazan la solución y dejan que las energías del país se gasten estérilmente en convulsiones histéricas.

Desde hace tiempo vienen notándose las dolencias que afligen al parlamentarismo francés. Fundada la primera asamblea constituyente sobre el cráter mismo de la revolución de 1789, y considerándose investida directamente por el pueblo de todas las facultades y prerrogativas de la soberanía, todos los parlamentarios, cada diputado oculta más ó menos á un convencional. Débiles los gobiernos ó impotentes para imponer su voluntad sobre las mayorías, incapaces de prevalecer por mucho tiempo sobre el mar turbulento de la opinión y de conjurar las borrascas políticas, que con frecuencia conmueven las cámaras, se dejan arrastrar por la corriente veleidosa, y su labor política y administrativa, en vez de aplicarse eficazmente en su totalidad al bien público, se esteriliza en gran parte, conciliando los partidos y contemporizando con los diputados; en lugar de tener una voluntad suprema para imponerla sobre todos, se gasta en disquisiciones inútiles tolerando que todos mermen su autoridad.

De ahí esa serie no interrumpida de crisis ministeriales, de ahí esa cadena sin fin de gabinetes que se suceden unos á otros, cuando apenas han tenido tiempo de presentar un programa y muy pocas veces el de realizarlo. Remediar esos vicios de organización y suprimir esos defectos constitucionales es el supremo anhelo, la noble aspiración del pueblo francés en los momentos actuales.

En verdad que estos recursos heroicos sólo se proponen en los días de crisis, en los momentos de exaltación, cuando la dolencia se hace más aguda y la enfermedad se recrudece. Pero qué difícil es que los acepten los tímidos, los que tiemblan con cualquier estremecimiento político! qué trabajoso es que los secunden los indiferentes, los que quieren dejar todas las evoluciones constitucionales á la acción benéfica del tiempo! qué extraordinario será que los prohíjan los exaltados, los radicales, los que sólo esperan cambios favorables al orden social, entre los sacudimientos genésicos y las llamaradas fatídicas de la revolución!

\* \*

La revisión constitucional se impone como una necesidad á todos los espíritus. Las palabras pronunciadas recientemente por los diputados Mercéres y Benoit en la Cámara francesa han sido recibidas con explosiones de entusiasmo. Todos están convencidos de la urgencia de esta medida; pero tiemblan también al pensar en las complicaciones que pueda acarrear. ¿No es verdad que la reacción monárquica, que ha prendido ya en algunos espíritus, tratará de aprovechar la revisión para enderezarla en su favor? ¿No es cierto que los desterrados Orleans, que han recogido la herencia del conde de Chambord, uniendo en sus manos los derechos de la monarquía legitimista y de la revolucionaria, intentarán en esta ocasión el restablecimiento constitucional del trono? ¿No es de presumirse que los Bonaparte se enderecen por esos mismos rumbos y quieran, ilusos, borrar de la historia Sedán, la dolorosa entrevista de Bellevue y la gloriosa proclamación del 4 de Septiembre?

Todo eso se teme, y porque se teme se vacila ante las consecuencias de una medida tan transcendental. Se recuerda muy bien que el general Boulanger, tras el cual se ocultaba la reacción monárquica, tenía nada más en su bandera la revisión constitucional, y para halagar á las masas les cantaba quién sabe qué estrofas de *revancha* y reconquista. Pero si existen esos temores, si son posibles esas amenazas, también es verdad que hay que acudir con toda urgencia á reprimir el parlamentarismo desbordante, y á ese fin tiende la iniciativa de un prestigiado periódico de París, que acaba de pronunciar por primera vez en muchos años, la palabra «Federación.» Para llegar á esta descentralización del poder, no habrá necesidad de convocar ninguna asamblea constituyente, en donde peligrarían las instituciones republicanas: bastan las facultades de que gozan las cámaras ordinarias. ¿Quién será capaz de adueñarse de ellas, para conceder su autonomía á las antiguas provincias?

20 de Enero de 1898.

Rompiendo sus tradiciones de brillante superficialidad, la prensa de Francia abrió á principios del año de 1898 una campaña en la que todos los periódicos se unieron para debatir con serenidad ideasserías, de esas que pocas veces respeta la pluma ligera de los periodistas y que tienen el privilegio de enfurecer á las multitudes porque contrarían sus hábitos mentales y sus preocupaciones.

M. Demolins, pensador casi desconocido entonces para el gran público, había escrito una obra de ciencia, un análisis comparativo de las razas anglo-sajona y francesa en el que afirmaba energicamente la superioridad de la primera. (1) No bien salió á la luz pública el libro de M. Demolins, Rodenbach y Lemaitre iniciaron en el *Figaro* una discusión vehemente de sus ideas capitales: Drumont en *La Libre parole*, Sarcey en *L'Echo de Paris*, Bourget, Prevost, Coppée, todos los escritores, desde los más eximios hasta los más humildes editorialistas de provincia, desde los más liberales hasta el recalitrante *chauvin*, hicieron en coro laudatorias apreciaciones del autor y de la obra, despertando la curiosidad y previniendo la simpatía del público en favor de una tesis humillante para el orgullo patriótico y de un hombre que se atrevía á decir en alta voz «verdades dolorosas,» según la expresión de Lemaitre.

Dado el primer impulso por la prensa, la agitación continuó en el público: todos querían leer el libro de M. Demolins, todos lo leyeron y en menos de un mes «llegó á ser de buen tono admirar el genio práctico de los anglo-sajones.» Mientras los publicistas buscaban de buena fé una fórmula para «cambiar el alma nacional,» para armonizarla con las condiciones del mundo moderno, el alma de los franceses «cambiaba» por sí sola, obedeciendo la sugestión hipnótica que se desprendía de las páginas del libro. No se hablaba más que de la educación inglesa, del poder de expansión de los ingleses, de la libertad británica, de sus libres instituciones.

\* \*

¿Habrá pasado con la volubilidad fugitiva de una moda ese movimiento de la opinión? Todo es creible de un pueblo tan impresionable como el francés, pero ese «examen de conciencia nacional» no fué estéril y lo prueba un propósito serio de reorganización escolar según el tipo inglés. No es un proyecto oficial, pues en ese caso acusaría á lo sumo caprichos momentáneos é infecundos de ministerio; los jefes del movimiento son hombres independientes, serenos, que tienen plena conciencia de la solidez de sus esfuerzos. No pretenden imitar literalmente á los ingleses sino seguirlos en una vía que no siempre ha iluminado el buen sentido; dar como base á la educación el conocimiento y la fiel observancia de las leyes psicológicas, y como objeto, no un diploma, ni las calificaciones de un examen, sino el desarrollo completo del niño, su perfecta adaptación á las exigencias de la lucha en el campo libre en que se mueven las actividades de un pueblo,—y de todos los pueblos,—en el ejercicio de la agricultura, de las industrias, de la navegación, de la expansión territorial.

\* \*

M. Demolins estudia á los franceses en el hogar y encuentra á los padres demasiado complacientes con sus hijos y á éstos dormidos en la expectativa de una herencia y de una dote; en la escuela vé á los niños sometidos á un régimen de clausura, de reglamentarismo, de presión mecánica y de esfuerzos mentales inútiles para la instrucción positiva y fatales para su desarrollo; en el liceo observa que los jóvenes estudian para sustentar un examen ó para obtener un empleo, esto es, para demostrar *momentáneamente* conocimientos sin aplicación ulterior y para esterilizar su vida en la nómina del presupuesto, obteniendo á cambio del menor trabajo posible la menor retribución posible; en la vida social delata el desarrollo del militarismo, la plétora de funcionarios inútiles, el exceso de bachilleres y *profesionistas* sin objeto social y sin pan, el desdén por los profesiones útiles, la limitación sistemática de la natalidad; en el mundo político la representación del pueblo entregada á los parásitos, á los ociosos, interesados en que el gobierno colecte fuertes contribuciones, y disponga de muchos empleos.

\* \*

Estos son los vicios de todos los pueblos en donde la iniciativa individual se ahoga desde la infancia. Para desarrollar en el niño los instintos del hombre completo, independiente, luchador, no hacen falta sólo buenos métodos de enseñanza escolar; es necesario también que el padre de familia forme á su hijo en ideas de una moral enérgica, que le infunda el sentimiento del propio valer y arraigue en su espíritu co-

(1) ¿De qué depende la superioridad de los Anglo-Sajones? por M. Demolins.

mo única expectativa la de una batalla en la que él y sólo él con su esfuerzo ha de triunfar, acostumbrándolo á que no cuente ni con una posición heredada, ni con auxilios extraños.

Los mejores métodos pedagógicos de la escuela producen resultados incompletos sin la previa y constante acción de la moral doméstica y ésta no es en los pueblos latinos la mejor disciplina: su concepción de la vida humana es raquítica, nociva, dplorable. No es hombre completo el que sólo puede sostenerse apoyado en una tradición, el que no concibe la afirmación de su personalidad fuera de un orden social preestablecido, inmutable, el que en vez de mirar el porvenir contempla el pasado y sucumbe al menor sacudimiento de la familia que lo ampara, del gobierno que lo protege y del capital que lo alimenta.

\* \*

La fuerza social de un pueblo se mide por el valer personal de los individuos que lo integran y éstos á su vez son tanto más completos cuanto mayor es su aptitud para prevalecer independientemente de la sociedad en que viven. Los débiles están encadenados; los fuertes tienen por campo de acción el mundo entero: *ubi bene ibi patria*. La patria para ellos es el hogar respetado, la libertad personal reconocida, el trabajo ampliamente remunerador, el porvenir abierto, la familia numerosa, la educación de los hijos, la cultura del espíritu.

Donde encuentran esas condiciones de bienestar y progreso, edifican el *home*, porque para ellos no hay afecto que domine el de la familia, ni sacrificio superior al de limitar su descendencia ó cortar el vuelo á las aspiraciones. Un latino enerva sus facultades en la privación, acude á la tacañería ó al expediente antes que renunciar á las exterioridades facticias ó extremar un esfuerzo. Es más fácil para él suprimir goces que procurar satisfacerlos. Como los fanáticos de la India, cree que el mayor bien es *no hacer nada*.

\* \*

La escuela inglesa y la sociedad de esa nación tienen por objeto de todo plan educativo, *constituir el hombre más independiente que haya existido jamás*. Esto se logra en la escuela primaria estableciendo en ella las condiciones de la vida real para que se desarrolle el tipo humano con todas las aptitudes que requiere la lucha,—fuerza, voluntad, espíritu de examen, conocimientos útiles.

Pero donde se revela de un modo particularmente característico el espíritu de esa educación es en los establecimientos especiales, como un colegio creado para preparar á los jóvenes colonos que intentan fundar esas explotaciones agrícolas é industriales por medio de las cuales los ingleses van apoderándose del mundo entero. Lo que más impresiona á un latino es que esos jóvenes no son pobres diablos reducidos por necesidad extrema al recurso de la expatriación; al contrario, pertenecen á familias ricas ó por lo menos acomodadas, y si buscan fuera del país inversión á sus capitales y empleo á su actividad, es porque para hombres de ese temple es ley que la vida humana rinda los mayores productos posibles, no la suma estrictamente necesaria dentro de las exigencias más limitadas.

Práctica como es la educación en las escuelas y colegios, el de colonos tiene por objeto llenar las lagunas de la *enseñanza ordinaria*. Los directores están en constante comunicación con todas las colonias y reciben informes sobre sus condiciones y negocios para que los jóvenes tomen tal ó cual dirección. «El colegio está situado en el campo, dice el programa;» (el *Instituto Agronómico* de Francia está en pleno París). El establecimiento ocupa una colina entre el mar y un río navegable por una parte y un terreno cultivado por la otra. En este terreno hay explotaciones de todos los sistemas de agricultura y una gran variedad de productos; tiene lechería, aves de corral, talleres, un pequeño astillero (*Boathouse*), etc.

La parte principal del programa de enseñanza es práctica y las clases sólo tienen por objeto explicar la teoría de los trabajos; en tal virtud hay una verdadera colonia de labradores y artesanos ocupados constantemente en enseñar á los alumnos los procedimientos necesarios para los diversos ramos de la práctica agrícola-industrial.

La agricultura ocupa el primer lugar y los alumnos ejecutan por sí mismos todos los trabajos: manejan útiles perfeccionados, estudian cien variedades de frutas y legumbres en el jardín, se les hace conocer la silvicultura. La ganadería es objeto de especial atención y hay en los terrenos de la escuela 70 caballos y yeguas de raza, toros, carneros, cerdos, 50 vacas de establo y otro animales útiles en las colonias.

Además de las clases prácticas de equitación tienen los alumnos maestros de veterinaria y medicina doméstica; se adiestran en el manejo de las pequeñas embarcaciones, construyen esquistes, hacen obras de carpintería, de irrigación, desecan pantanos, construyen puentes flotantes. Rasgo característico; dice el programa: «Se enseñará á los alumnos á unir los dos extremos de una cuerda sin hacer nudo.»

Para dar una idea del carácter y tendencias de este instituto de enseñanza, (y esto se aplica á toda la educación anglo-sajona,) terminaremos citando las pa-

labras que un orador dirigía á los alumnos del colegio de colonos con motivo de unos exámenes.

«En todas las regiones del mundo podéis encontrar tierras amparadas por el pabellón británico. Ha llegado vuestra hora; pensad en el rumbo que deberéis seguir, en la ocupación que hayáis de adoptar y antes de emprender la jornada trazad bien la ruta. No vacileis; sed animosos, perseverantes: NO CREO QUE UN INGLÉS JOVEN E INTELIGENTE PUEDA JAMAS CONOCER LA MISERIA habiendo tantas colonias abiertas á su laboriosa energía. Yo no soy joven: hace cuarenta años que emprendí el viaje de expatriación sin las ventajas con que contáis vosotros; desconocido, con escaso capital, desprovisto de conocimientos técnicos y sin amigos en el país á donde me llevó el deseo de prosperar... Sin embargo, he sido primer ministro de esa colonia y tres veces presidí la Legislatura.»

No es este un discurso latino: el orador de la nación más fuerte en los mares no habla de cañones, ni hace frases de megalómano. El porvenir para estos luchadores no es el que se pinta en las fiestas escolares latinas, cuando los oradores de circunstancia hablan de «futuras glorias para la patria,» llamando á los niños «héroes, estadistas en embrión»; no, aquí todo es sobrio, medido, circunspecto y las grandes palabras son las más frías del diccionario, «deber y trabajo.»

CARLOS PEREYRA.

## Los funerales del Sr. Lic. D. Matías Romero.

El lunes 16 llegó á México el cadáver del Sr. Romero, é inmediatamente fué conducido á la Capilla ardiente, arreglada de antemano en la Cámara de Diputados.

El Señor Presidente de la República presidía el cortejo acompañándolo los Sres. Ministros de Relaciones, Gobernación, Hacienda, Fomento, Comunicaciones y Justicia. La enfermedad del Señor Secretario de la Guerra le impidió concurrir.

Formaban también parte del cortejo el General Powell Clayton, Embajador de los Estados Unidos y sus Secretarios; comisiones del Congreso de la Unión y del Ayuntamiento, Jefes distinguidos del Ejército y otras personas caracterizadas.

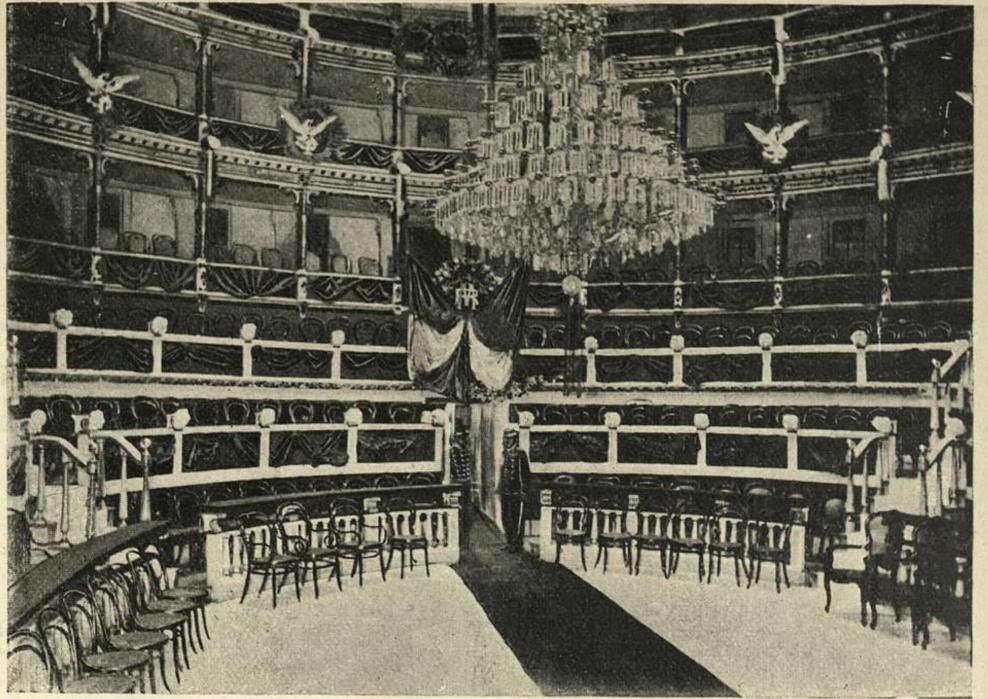
La Capilla ardiente en la que permaneció expuesto el cadáver desde el lunes hasta la tarde del día siguiente, fué una obra de indiscutible mérito artístico en la que el Sr. Valletto demostró suma habilidad. Nuestros gabados dan una idea perfecta de la disposición adoptada en el arreglo interior de la Cámara. No pudo haberse hecho nada mejor, más sobrio y elegante.

Otro de los grabados que publicamos fué hecho según una fotografía tomada en el momento en que llegaba á la Cámara de Diputados el cortejo, con el coche presidencial á la cabeza de la numerosa comitiva.

El martes á las dos y cuarenta minutos llegó el Señor Presidente al edificio de la Cámara de Diputados cuyo interior estaba lleno de gente que acudió á presenciar la ceremonia. Esta fué digna del muerto ilustre. La orquesta del Conservatorio tocó el «Andante religioso» de Thomé, colocándose en un salón que está en el fondo de la Cámara, de tal suerte que los acordes se oían apagados y tristes. El Señor Secretario de Relaciones, Lic. D. Ignacio Mariscal dijo la oración fúnebre, hablando del Señor Romero, y encareciendo sus méritos con sinceras y delicadísimas frases, dignas del nombre que tiene en las letras el Señor Lic. Mariscal. Subió después á la tribuna el poeta D. Juan de Dios Peza, recitando una composición llena de emoción verdadera y que á estas horas habrán leído todos en México, pues la publicó *El Imparcial*. Además del «Andante religioso» ejecutó la orquesta el «Angelus» de Massenet y la «Meditación» de Guilmaro.

A las tres y media en punto concluyó la ceremonia, organizándose la comitiva para el entierro.

Desde el lugar que ocupaba el féretro en la Cámara, hasta las afueras de ésta, donde esperaba una lujosa carroza tirada por seis caballos empuñados y llevados del diestro por otros tantos palafreneros, se formó



LOS FUNERALES DEL SR. LIC. D. MATIAS ROMERO.—INTERIOR DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

una valla de altos funcionarios, en medio de la cual atravesó el ataúd, llevado en hombros de seis empleados de la Agencia de Inhumaciones, en tanto que la fuerza presentaba sus armas y los clarines tocaban marcha.

Una vez colocado el ataúd sobre el carro, éste avanzó lentamente por la calle del Factor.

El Sr. Presidente, llevando á su derecha al Sr. Ministro de Relaciones y á su izquierda al Excelentísimo Sr. General Powell Clayton, Embajador de los Estados Unidos presidía el cortejo.

Venían después los Ministros de Gobernación, Hacienda, Fomento y Comunicaciones.

El señor Ministro de Justicia no concurrió por haber emprendido, esa mañana, el viaje que tenía proyectado á Campeche.

En seguida, iban los señores Ministros de Inglaterra, Japón, Bélgica, Italia; Encargados de Negocios de Francia, Rusia y Guatemala; señor Secretario de la Legación de España, Cónsul de Alemania, attaché militar de la Legación de los Estados Unidos, y Secretarios y attachés de las Legaciones ya citadas.

El tercer grupo estaba formado por el señor Gobernador del Distrito, el señor Inspector de Policía con sus respectivos ayudantes; venían después los empleados de la Secretaría de Relaciones y los señores Generales y Jefes de la Guarnición, Comisiones del Congreso de la Unión, de los Ministerios, del Cuerpo Médico Militar, etc.

El numeroso cortejo disponía de treinta y seis carros de los Ferrocarriles del Distrito, ocupando el primero el Sr. Presidente de la República con las personas que lo acompañaban. La comitiva desfiló por las calles de Santa Clara, Tacuba, Empedradillo, Refugio, Coliseo é Independencia.

La división que hizo los honores póstumos al señor Romero, se organizó de la siguiente manera:

Formaba la vanguardia una escolta del 7<sup>o</sup> de caballería siendo el jefe de la sección de vanguardia el Coronel Félix B. Estrada.

Venían después el Batallón de Zapadores, una batería de artillería de montaña, escuadrón de gendarmes del ejército y en seguida el Sr. General Alejandro Pozo, jefe de la división y su Estado Mayor que llevaba como jefe al Teniente Coronel Manuel Rivera.

Formaban la primera brigada, que era mandada por el Brigadier General José María Vega, una escolta de caballería, el 3er batallón de infantería, una batería de cañones sistema Bange, el 7<sup>o</sup> y el 14<sup>o</sup> de infantería.

La segunda brigada la formaban una escolta del 10<sup>o</sup> de caballería y los regimientos del 1<sup>o</sup>, 10<sup>o</sup> y 7<sup>o</sup> de la misma arma.

Mucho tiempo antes de que llegara el cortejo fúnebre, se presentó en el Panteón la familia del Sr. Lic. Romero, compuesta de la señora Felicitas Lázcara de Romero y sus hijos Enrique y Guadalupe; Sr. Luis Rojas, Oficial primero de la Secretaría de Hacienda, y su esposa la Sra. María Avendaño de Rojas, prima hermana del finado Embajador; el Sr. D. Cástulo Romero y sus hijas las Sras. María y Adolfa. Los demás deudos llegaron después. El Mayor del Ejército americano Roberto B. Gorsuch, acompañó á la familia.

Una elegante escalera de mármol conduce al interior de la cripta. En el muro del frente se ve la gaveta que ocupa el cuerpo de la señora Allen de Romero y en el osario de la izquierda descansan los restos de la señora Yomosa Avendaño de Romero, madre del Señor Embajador. Sobre la gaveta baja del lado izquierdo se ve la gran caja de caoba, con aplicaciones de metal dorado que sirvió de envoltura al ataúd de la Sra. Allen.

Momentos antes de que llegara la comitiva, fueron colocados en el piso de la cripta cuatro grandes candelabros con blandones encendidos.

A las seis y cuarto de la tarde bajaba de su vagón especial el Señor Presidente de la República, acompañado de sus Secretarios de Estado y Ministros Plenipotenciarios.

Como había obscurecido completamente, no tuvo efecto la ceremonia que debió celebrarse en el Panteón y enterrado el cadáver, regresó á México la comitiva.



LLEGADA DEL CORTEJO A LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

## La pintura holandesa.

La pintura holandesa tiene—para nosotros los italianos—una cualidad que la hace particularmente atractiva: es de todas las del mundo la más diferente de la nuestra, la antítesis; ó por decirlo con una de aquellas frases que hacían incomodar á Leopardi, el polo opuesto del arte. La nuestra y la holandesa son las dos escuelas más originales, ó como otros dicen, las dos únicas á que conviene en rigor semejante título; no siendo las demás sino hijas ó hermanas que se les parecen más ó menos. Así es que, por lo que toca á la pintura, Holanda ofrece lo que con más afán se busca en los viajes y en los libros de viajes: la novedad.

La pintura holandesa nació con la independencia y la libertad de Holanda. Mientras las provincias del Norte y las del Sur de los Países Bajos estuvieron unidas á la monarquía española y en la fé católica, tuvieron una escuela única de pintura. Los pintores holandeses pintaban como los pintores belgas, estudiaban en Bélgica, en Alemania, en Italia; Hemscher imitaba á Miguel Angel; Bloemaert al Correggio, y Moro al Ticiano, por no citar otros muchos; y eran imitadores pedantes que unían á la exageración del estilo italiano cierta rudeza tedesca, de lo que resultaba una pintura bastarda, inferior todavía á la primitiva, casi infantil, rígida en el dibujo, dura en el color y enteramente desprovista de claro-oscuro, pero ajena, por lo ménos, á la imitación, que había sido como un preludio lejano del verdadero arte holandés.

Con la guerra de la Independencia, la libertad y la reforma, hasta la pintura se renueva; cae, con la tradición religiosa, la tradición artística; el desnudo, las ninfas, las vírgenes, los santos, la alegoría, la mitología, lo ideal, todo el viejo edificio se derrumba. Holanda, animada de nueva vida, necesita manifestarla y difundirla de un modo también nuevo; este pequeño país, hecho de pronto tan glorioso y formidable, siente deseos de ilustrarse; las facultades vigorizadas y excitadas en la gran empresa de crear una patria, un mundo real, se transforman, cumplida la empresa, y crean un mundo imaginario; las condiciones del país son favorables á la resurrección del arte; los peligros supremos están conjurados; hay seguridad, tranquilidad y un brillante porvenir; los héroes han cumplido con su deber, pueden pasar adelante los artistas; Holanda, tras sacrificios y desgracias tantas, habiendo salido vencedora en la lucha, alza la cabeza en medio de los pueblos, y sonríe; aquella sonrisa es el arte.

Cuál debía ser aquel arte, bien podría adivinarse aunque no hubiera quedado ningún monumento. Un pueblo pacífico, trabajador, práctico, traído continuamente—como dice un gran poeta alemán—á la prosaica realidad por las ocupaciones de una vida vulgar; que cultivaba su razón á expensas de su imaginación; que vive, por consiguiente, más de ideas claras que de bellas imágenes; que huye de las abstracciones; que no se lanza con el pensamiento más allá de la Naturaleza, con la que está en perpétua lucha; que no ve sino lo que existe; que no goza más que lo que posee; que cifra su felicidad en la quietud cómoda y honestamente sensual de una vida sin pasiones violentas y sin deseos vehementes, este pueblo debía también sentir tranquilamente el arte; amar un arte tranquilo, preciso, exquisitamente material como su vida; el arte en una palabra, realista, en el que pudiera mirarse y verse, tal como era, y estaba contento de ser.

Los artistas comenzaron por pintar lo que tenían

## Compañía de Opera del Nacional.



SRA. BLANCA BARZUCCI.

(Véase «La Semana»)

más á la vista: la casa. Los largos inviernos, las continuas lluvias, la humedad, la variación perpetua del tiempo, obligan al holandés á estar gran parte del año y del día en su casa. A esta casa pequeña, á este rincón, lo ama bastante más que nosotros, justamente porque lo necesita más y vive más en él, lo provee de todas las comodidades, lo cuida y le gusta ver, detrás de las ventanas bien cerradas, la nieve que cae y el agua que diluvia, y decir:—Enfúrcete, temporal, estoy caliente y en seguridad.—En este su rincón, junto á su buena chimenea, en medio de sus hijos, pasa las largas veladas del otoño y del invierno, comiendo mucho, bebiendo mucho, fumando mucho y olvidando entre modestos goces, los cuidados del día. Los pintores holandeses retratan esta casa y esta vida en cuadros proporcionados á las pequeñas paredes en que han de estar colgados: las alcobas, que hacen sentir el placer del descanso, las cocinas, las mesas puestas, las facciones frescas y risueñas de las madres de familia, los hombres en torno del hogar; y como concienzudos realistas que nada olvidan, añaden: el gato que dormita, el perro que vela, la gallina que picotea, la escoba, las legumbres, los pollos desplumados. Esta vida la retratan en todas las clases de la sociedad y en todas sus escenas: la conversación, el baile, las orgías, los juegos, las fiestas; y así se hacen famosos los Terbug, los Metuz, los Netscher, los Dov; los Mieris, los Steen, los Brouwer, los Van Ostade.

Después de la casa, pasan al campo. El clima enemigo no concede sino muy breve tiempo para admirar la Naturaleza; por eso mismo los holandeses la admiran mejor: saludan á la primavera con alegría más viva, y aquella fugitiva sonrisa del cielo, se graba más profundamente en su fantasía. El país no es bello; pero es doblemente querido, porque fué arrancado al mar y á los extranjeros; lo retratan con delicia; crean el paisaje sencillo, ingenuo, lleno de un sentimiento íntimo que no tienen en aquel tiempo los paisajistas italianos ni los belgas. Su país, llano y monótono, presenta á sus atentos ojos una variedad maravillosa. Aprovechan todas las variaciones del cielo; se sirven del agua—la hay donde quiera—que refleja, da gracia y frescura y lo ilumina todo; no tienen montañas, ponen en el fondo de sus cuadros las dunas; no tienen bosques, pero ven y hacen ver los misterios de un bosque en un grupo de árboles, y animan todo esto con sus bellísimos animales y con sus velas. El asunto de un cuadro suyo es bien pobre: un molino de viento, un canal y un cielo gris; pero en cuántas cosas hace pensar! Algunos de ellos, no satisfechos de aquella Naturaleza, vienen á buscar á Italia las colinas, los cielos resplandecientes y las ruinas ilustres; y brota una cohorte de artistas escogidos, como Both, Swanevelt, Pynacker, Breemberg, Van Laer y Asselyn; pero la palma pertenece á los paisajistas holandeses, á Wynants, el pintor de la mañana; á Vander Neer, el pintor de la noche; á Ruysdael, el pintor de la melancolía; á Hobbema, el pintor de los molinos, de las cabañas y de las huertas, y á otros que se limitaron á manifestar el encanto de su modesta naturaleza.

A la vez que el paisaje, nace otro género de pintura, enteramente propio de Holanda: la pintura de los animales. Los animales son la riqueza del país; y sobre todo, aquella magnífica raza bovina, que no tiene rival en Europa por su fecundidad y por su belleza. Los holandeses, que tanto la deben, puede decirse que la tratan como á parte de la población; quieren á sus animales, los lavan, los peinan, los visten. Se ven en todas partes, se miran en todos los canales; embellecen el país pintando de innumerables manchas negras y blancos los inmensos prados; dan á todos los sitios un aire de paz y de bienestar que hace brotar en el corazón no sé qué sentimientos de arcádica dulzura y de serenidad patriarcal. Los artistas holandeses estudian á todos estos animales en todas sus variedades y en todas sus costumbres; adivinan, por decirlo así, su vida íntima, sus sentimientos, y vivifican con ellos la tranquila belleza de sus paisajes. Rubens, Snyders, Pablo de Voz y otros muchos pintores belgas, habían retratado animales con admirable maestría; pero todos han sido superados por los holandeses Van de Velde, Berghem, Karel du Jardin, y por el príncipe de los pintores de animales, Pablo Potter, cuyo famoso *Toro*, del Museo de La Haya, debía tener el honor de estar colocado en el Palacio del Louvre, frente á la Transfiguración de Rafael.

En otro ramo de pintura tenían que descollar los holandeses: en la marina. El mar, su enemigo, su poder y su gloria, que está sobre su patria, que la atormenta y la teme, y entra por mil partes y de mil maneras en su vida; aquel mar del Norte, turbulento, lleno de sombríos colores, iluminado por puestas del sol de una tristeza infinita, que azota una ribera desolada, tenía que subyugar la imaginación de los artistas holandeses. En efecto, éstos pasan largas horas en la playa contemplando su tremenda belleza; se aventuran entre las olas para estudiar la tempestad; compran buques y navegan con sus familias, observando y pintando; siguen á las escuadras nacionales en las guerras y asisten á las batallas, y así tienen pintores de marinas, como Guillermo Van de Velde, el viejo, y Guillermo, el joven; Backuisen, Dtbels, Stork.

EDMUNDO DE AMICIS.

## UN NUEVO FERROCARRIL EN ALEMANIA.

Barmen y Elberfeld son dos ciudades alemanas de importancia que tienen grandes relaciones industriales. El tranvía eléctrico que las une ha llegado á ser insuficiente para comunicarlas, haciéndose necesario establecer nuevas vías.

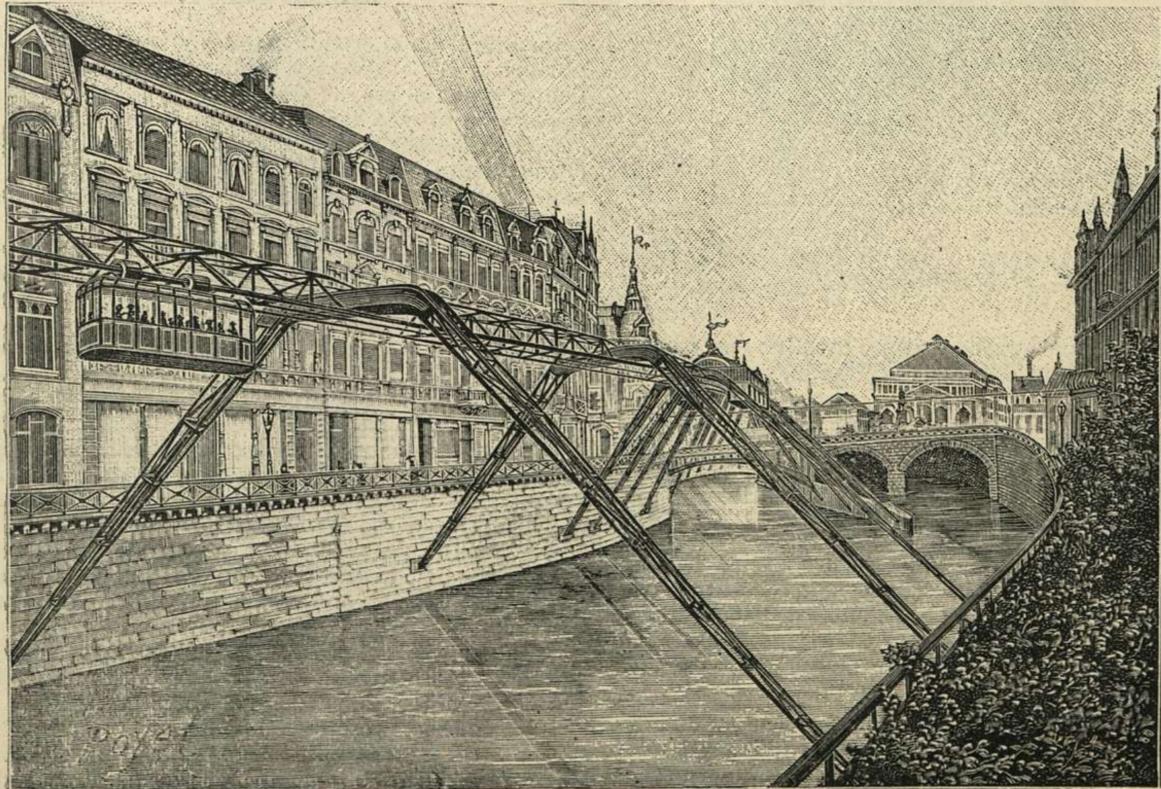
En primer lugar proyectóse un ferrocarril de vía aérea, análogo al que la Sociedad Siemens y Halske construye en Berlín, procediéndose desde luego á sentar los soportes en el lecho del río, pero el proyecto era inaceptable porque la construcción no había sido suficientemente sólida.

Langen propuso últimamente una especie de vía suspendida, tal como la representa nuestro grabado; aceptada la idea, ya están ejecutándose los trabajos.

La estructura de este ferrocarril está constituida por una serie de armazones metálicos que se colocarán en las orillas del río, y en el sentido longitudinal un poste establecerá la unión entre los diversos soportes.

El medio de tracción será eléctrico, suspendiéndose los coches de un riel. Hay precauciones para que no caigan dichos coches en caso de accidente.

Cada vehículo contendrá de 50 á 60 personas y la velocidad con que caminará será de 25 kilómetros por hora.



UN NUEVO FERROCARRIL EN ALEMANIA.

## LOS GRITOS DE MEXICO.

Decía Remy de Gourmont en una de sus recientes crónicas a propósito de los *Gritos de París*:

»De algún tiempo á esta parte se ha hablado de una pretensión del Prefecto de policía: quería suprimir éste los tradicionales *Gritos de París* y forzar á los comerciantes callejeros á vender en silencio sus pobres



EL IMPARCIAL Y EL COMICO, JEFECITO.

mercancías. Esto constituiría un feo y mezquino atentado á la libertad, pero es imposible. Yo he observado mucho esos gritos que se lanzan abundantemente bajo mis ventanas, y estoy persuadido de que son ya puramente fisiológicos, y tan invencibles como los gritos de los animales. Vendiendo siempre la misma cosa, el comerciante ó su mujer, lanzan siempre el mismo grito y cada suerte de mercancía requiere un grito siempre idéntico. El tono no cambia más que las palabras, y las palabras suelen ser tan indistintas que tal ó cual grito después de dos años de oírlo ha permanecido para mí in-analizabile. Muchas de esas melopeas se remontan á muchos siglos; se las ha anotado desde el siglo XIII, y es aún el mismo pájaro y es la misma canción. Ciertas frases, muy musicales, son lindas; algunas, acordadas al tono popular, mueren bruscamente en una disonancia; otras, se cortan por algunas palabras de recitado. Esta música de las calles tiene su ligero interés; es una derivación un poco grosera pero pintoresca; los fonetistas podrían hacer a propósito de ella curiosas observaciones sobre la vocalización de las consonantes: así la erre se transforma en eu; series enteras de articulaciones son reemplazadas por vocales aspiradas y se percibe que la consonante no es absolutamente indispensable al lenguaje humano, á condición de que las frases se pronuncien en un tono musical como en ciertas lenguas salvajes.»



HELAAOOS!!!.....

He traducido este fragmento, porque además de campear en él un análisis notable, tiene gran aplicación sobre nosotros.

Nuestros gritos, los gritos de México son también, en su mayor parte, tradicionales,—los hay que se remontan al siglo azteca,—indistintos al grado de no diferenciarse sino por la entonación de la voz, y *melopéjicos*, valga el calificativo, en sumo grado.

De tal suerte la letra se ha infundido y envuelto en la tonada, que constituye como un sutilísimo esqueleto de ésta al principio y después se esfuma, se pierde, se ahoga en la prolongada y querellosa inflexión final.

No sé por qué, mas yo encuentro que esos gritos encierran un gran simbolismo, que algunos caracterizar por completo á una casta. . . . . Todos ellos, por lo demás, constituyen para mí el lenguaje, la voz de una ciudad, que se despierta cantando alegremente y que cantando tristemente se duerme. . . . .

Ensayaré analizar cada una de esas voces de México y después hablaré de ciertos fraseos callejeros que hoy por hoy constituyen todavía un grito, que son únicamente un tiple. . . . pero que de seguro se transformará con el tiempo. Y haré de paso esta observación: la música se perpetúa más que la palabra; pasa sin sensible alteración de oído en oído á través de los tiempos; yo escuché en mi infancia el grito de guerra de los indios atletas del Nayarit, cuando las hordas de Lozada invadían mi ciudad natal, pacificada hasta el año de ochenta, y recuerdo que mi abuela me refería haber oído ese grito, idéntico, en los albores de las luchas por nuestra Independencia. . . .

Mientras que no podemos reconstruir los versos de Homero; que algunos de los de Virgilio se consideran apócrifos y que aún en otros más modernos hay mucho que desear respecto á la autenticidad, el canto llano que sirvió para los cultos de Eleusis ha sido reconstruido y subsisten aún antiquísimas melodías. Entre los salvajes, quién dice que no repercute aún idéntico el grito prehistórico ó el ahullido del hombre de las cavernas ante los grandes cataclismos de la creación, ante las agresiones formidables de las hordas, ante los ataques tremendos de las colosales bestias.

Pero enumeremos y analicemos.

\* \* \*

Quando México se espereza próximo á despertarse, y en la atmósfera llena de tintas imprecisas se adivinan ya los primeros rosas del alba, hiriendo al silencio con una inflexión aguda, se oye este grito:



LAS JALETINAS.

Se inicia en el registro alto y termina con una nota aguda, sin persistencia, sin calderón, como cortada á pico.

El pueblo oye probablemente con placer ese grito: es una nota del matinal concierto que le saluda al despertarse. Mas el trasnochador escúchalo con tristeza, para él ese grito es como un remordimiento, llega á su oído en esas horas tristes que siguen al despertar de una fiesta bulliciosa. Hace frío; el cerebro está lleno de sombras, el organismo quebrantado por el exceso; arden las pupilas sedientas de sueño: la sed atormenta el estómago; una infinita tristeza, tan densa que se cree palparla, se cierne sobre el espíritu. . . .

Y rasgando el silencio de la mañana, con su gran bandeja de madera llena de vasitos de vidrio multicolores en que la gelatina tiembla coronada por una almendra, el vendedor ambulante continúa gritando:

—Las jaletinas. . . .



Yo ereo que este es uno de nuestros gritos prehistóricos y presumo que en los *tianguis* de la vieja Tenochtitlán era ya emitido por la garganta de las indias vendedoras. . . . .

Es hoy tan triste como entonces? Ah! no! pláceme pensar que después de la conquista tomó esas inflexiones querellosas en que parece que una raza entera,



BOTELLAS. . . . QUE VEENDAAN. . . .

una raza muerta, se lamenta humildemente de su miseria y de su desolación: pareceme un grito saturado de lágrimas. . . . La india que trota por las calles con su haz de avejillas en la diestra, detiénese en los zaguanes y escala su querella. . . . y el eco de aquella voz sube, sube, suplicante, desgarrador, hasta que lo ahogan los mil rumores de la ciudad. . . . .

Oh! ese pobre animalillo de mirada de paloma y plumaje de zenzontle, ese pobre pajarillo de las lagunas, tímido, medroso, inofensivo, no es acaso el mejor emblema para el indio que lo vende? no simboliza acaso á la triste raza que fué águila y cayó y cayó y cae aún empequeñeciéndose siempre, siempre humillándose, tímida también y también medrosa é inofensiva?

De todos los gritos de México, el apuntado aquí es el más doloroso: es un sollozo en medio de muchas risas; cantan los otros, este se plañe, este gime. . . . se plañe y gime como un dulce reproche jamás escuchado. . . .

CASTAÑAS ASADAS.

Quando llega el otoño con todas sus austeras solemnidades, y el cielo estrena azul, y las hojas amarillentas yacen al pié del árbol como un *enjambre de mariposas muertas* y la tierra está melancólica, como la *angusta melancolía de una madre*, surge ese grito exclusivamente invernal, un grito atiplado, breve y monótono que infunde no sé qué vagas tristezas, no sé qué sutiles tristezas. . . . .

El estudiante se estremece al oírlo; es el grito que precede siempre á la huelga anual; para él quiere decir: *vacaciones!* y, por su parte, esta palabra *vacaciones* quiere decir tantas cosas. . . .

Quiere decir villorrio, el tranquilo villorrio acariciado por todos los suspiros perfumados del viento, rodeado por la azul cadena de las montañas familiares; quiere decir excursiones campestres, á la vera del río cristalino, *camino que anda*, según la vieja frase de Pascal; quiere decir *besos*: besos maternos suaves y lentos como una caricia de crepúsculo; besos de novia furtivos y medrosos, frescos y aromados. . . .

Oh! bendita voz callejera que llega al oído del estudioso muchacho que bebe desesperadamente café frente al libro, con inflexiones infinitamente acariciadoras. . . . .

Para el estudiante metropolitano ese grito connota mucho también: *bulevar á discreción*, tandas hasta ponerse ahito, salón Bach. . . . etcétera.

Y sobre todo, proscripción de las madrugadas. No más, en tres meses, verán sus ojos surgir al sol como una gran rodela de fuego tras la masa azul del monte. . . . .

Suprema fruición de levantarse tarde. . . .



ROPA USADA QUE VENDAN.

Y el castañero pasea su rostro indiferente y atezado bajo las alas de su sombrero de palma, y su pequeño saco de frutas al hombro modulando el

*Castañas asaaa...*

en que la *de* se pierde, se desvenece blandamente...

LOS QUESOOS!

Pasa, trotando ritmicamente, un indio de edad indefinida.

Lleva á cuestas un gran *huacal* en que se ven almacenados, huevos pseudo-frescos, algunas veces en amable compañía con la gallina que los ha puesto, trastos de barro, absolutamente rudimentarios, y dos ó tres pirámides de quesos frescos, tan frescos algunas veces que han criado ya una corteza, amarillenta primero, grisácea después, merced al *polvo del camino*....

En la siniestra, descansando la base sobre la palma de la mano, lleva el vendedor un cilindro formado de piezas menores: quesitos frescos de á medio, de á real.... hasta de á real y medio.



Es este uno de los gritos de la mañana... al atardecer el quesero se ha ido. ¿A dónde? A donde van todos esos mercaderes ambulantes que invaden la ciudad cuando amanece, llovidos de todos los pueblecillos del Distrito, y que, por la noche en algún lejano jacal cuentan los productos de su venta á la luz parpadeante de una vela de sebo, sobre el *cacaxtli* invertido que lo mismo es asiento que mesa y altar.... y cuna!



SEISCIENTOS PESOS PARA LUEGO.

ROPA USADA QUE VENDAN....

Hasta el QUE, la voz juega en el registro agudo... luego el vocablo VENDAN, se despeña, se desploma, se hunde hasta el abismo de un *sí* ó un *dó*, dignos de un bajo profundo....

Arriba, en la vecindad, *las niñas de la casa* hacen labor, barren, planchan, sacuden; mas al oír el grito dejan el quehacer y van en pos de los desechos de indumentaria del hermano. Un sombrero de copa que tuvo la honra de ser aplastado y carrujado como un acordeón bajo las gentiles y rotundas posaderas de alguna señorita en baile de suscripción, efectuado la última noche buena; un macferlan que finge murciélago viejo prendido al clavijero en un rincón; unos pantalones que ya sufrieron la prueba *in extremis* de una *volteadita* y cuyos bajos se comió el implacable barro de las calles....

No es una venta la que hace generalmente el ropavejero: sobre su antebrazo derecho reposan algunas viejas prendas de casimir; sobre su cabeza, sirviéndoles de apoyo el cono del sombrero de palma, se superponen de menor á mayor tres ó cuatro fieltros y alguna chistera erizada de rubor, pero de su antebrazo izquierdo cuelga una canasta repleta de loza de inferior calidad, de cristalería corriente, de salavera ó de pseudo-porcelana.

Y las niñas de la casa y el comerciante entran en parlamento.

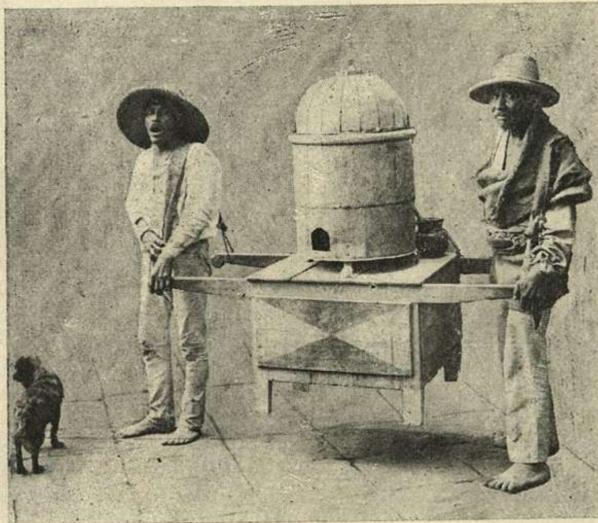
—Mire, niña, qué bonito par de porcelanas para dulces; son finas y están fioreadas y se las doy por el pantalón ese....

La lucha es reñida.

A ladino, ladino y medio, y ladinas son por cierto las muchachas que se han propuesto completar su vajilla de piezas de todos los colores.

El trato se cierra por fin y el ropavejero con algunas prendas de ropa más y álgunos trastos menos, prosigue su camino lanzando en todos los zaguanes su melopea ascendente y descendente.

*Ropa usada que vendan.*



CAABEZAS.... CAALIENTES.... DE HORNO.

\* \* \*

Un viejo cilindro de hoja de lata, pintarrajeado de chillantes colores. Sobre la base superior de ese cilindro un cuadrante con números que varían del uno al treinta y dos, con una aguja loca muy rudimentaria en el centro. En el hueco del cilindro los barquillos, bien amados de los muchachos golosos.

Mediante un centavo se mueve la aguja.

Supongamos que marca el tres, el barquillero da tres barquillos por un centavo.

Supongamos que marca el uno: el barquillero sonríe y da un barquillo.

Supongamos que marca el seis, el barquillero deja ver un gesto de vinagre y da seis barquillos.

Supongamos por último que marca quince la aguja. El barquillero emprende con el comprador una polémica y demuestra que la aguja no ha apuntado tal número.

Sea cual fuere el resultado de la polémica, el vendedor no pagará los quince barquillos. Se dejaría desollar primero....

Y así anda el oficio.

El barquillero suele anunciarse con este grito:

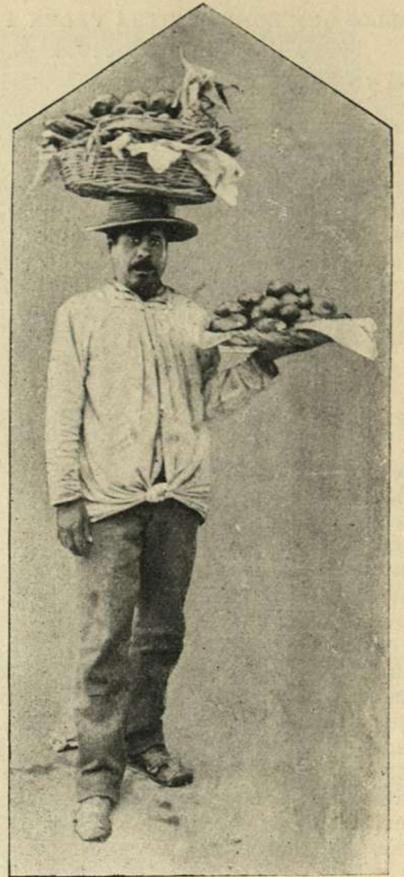
*Aquí están los barquillos.*

Pero generalmente va precedido de una guitarra ó de una arpa vieja, que vibra en el patio de la casa con ingenuas vibraciones.

El barquillero canta, con acompañamiento de la guitarra ó de la arpa.

Y no sólo canta sino que improvisa.

Regularmente sus canciones son barcarolas cuya oportunidad es muy discutible; pero acontece que una de las niñas de la casa que se ha asomado al corredor, arroja al barquillero un presente más ó menos cuantioso.... Entonces el barquillero pregunta el nombre de la donante. Llámase ésta, pongamos por caso, María, y el cantorcillo sale poco más ó menos en estos términos:



LA FRUTA.

Que Dios le mande alegría y buena suerte y dinero, mi niña doña María, pues protegió al barquillero.

Pero esto es excepcional: lo común es la canción añeja y entre éstas la barcarola:

*Vente á mi barca niña,  
Que si en mi barca estás,  
Remaremos, remaremos,  
Y no habrá tempestad.*

Y después de un epílogo bien bordoneado en la guitarra, el barquillero se aleja sonando los centavos....

PAPEL INGLES PARA CARTAS, 40 PLEGIOS POR 10 CENTAVOS....

Un recitado monótono, recitado de barítono que se desuelve también en las notas bajas.

Eminentemente callejero, surge en todas partes al encuentro del fuereño, con su típicillo monótono, infinitamente monótono.... Su hora predilecta es el medio día, cuando el sol flamea en el asfalto bituminoso y reblandecido.

Y no se por qué me recuerda las cigarras, las viejas cigarras, entonando su eterno estribillo en la soledad de la llanada, cuando es el medio día y caldea el sol las sementeras con su beso de fuego....

A ese recitado responde otro con la misma entonación, á la misma hora y entre el abejero de las muchedumbres que se desbordan por la amplia calle del Empedradillo y por el inmenso rectángulo de la Plaza de la Constitución.



PAPEL INGLES PARA CARTAS, CUARENTA PLEGIOS POR DIEZ CENTAVOS.

CEPILLOS QUE DONDE QUIERA VALEN 4 REALES,  
AQUI 2 REALES. . . . .

Aquél y éste son gritos gemelos, la variante escasi imperceptible, al grado que á distancia, permaneciendo sólo la inflexión y desvaneciéndose la letra fácilmente se les confundiría.

El cepillero lleva generalmente una cestilla repleta de cepillos *de bola*, hirsutos y morenos.

Jamás he visto comprar uno, mas debe ser lucrativo el comercio puesto que el grito persiste, persiste con su monotonía llena de modorro, cuando el sol arroja bocanadas de lumbre sobre el asfalto bituminoso y reblandecido. . . . .

#### LA FRUTA.

Un sonido gutural, que parece surgir en los albores del lenguaje humano.

Pasa el vendedor erguido bajo su gran batea en que se apiñan multicolores las *granaditas de china*, los *plátanos manzanos*, maculados de negro, los *chicos* de piel granujienta y aspera y de pulpa jugosa, las rubias naranjas y el mamey de carne roja y fresca y y aguanosa como los labios jóvenes.

Pocos hay que tengan nociones tan altas del equilibrio como el frutero. Se permite el lujo de ladear la cabeza con cierto ademán de coquetería femenil. Recoje una pieza que se ha caído; salva los umbrales de los zaguanes con ágil movimiento. . . . y la batea incólume, sigue mostrando en su cabeza la pirámide de fruta.

Se diría que la cabeza y la batea están unidas de un modo extraño; que en aquella cabeza ayuna de ideas es donde han fructificado las naranjas y los plátanos. . . .

La fruta.



CASA DE LA SRITA. MARIA LUISA BECERRA, EN LA RIBERA DE SAN COSME.

Y corean este grito las voces argentinas de los chicleos que descienden á las volandas de las escaleras.

\* \* \*

Ah! no todos son gritos.

Estos para formarse han pasado por una gran escala fonética.

Partieron del recitado para llegar á la melopeya y de la melopeya al *aria*, valga la palabra.

Pero muchos fermentos de gritos futuros hay aún que murmuran por esas calles de Dios.

Tímidos recitados, frases breves, notas discretas que se pierden en la balumba metropolitana:

*Zapatos que remendar.*—Tiplecillo de barrio, obscuro y humilde.

*Aquí está el queso de tuna!*

*Centavos de queso de tuna*. . . . un recitado que pronto será melopeya!

*Monitos que se paran solos*. . . . pregón de calle céntrica, no musical aún.

*Gusanos para pegar chascos*, voz de bulevar, insinuante y leve. . . .

*Seiscientos pesos para luego.*

*Mi jefecito los diez mil para mañana.*

Y la ciudad continúa su vida de fiebre toda estremecida de estas voces, de estas innumerables voces, hasta que en el ara de los cielos se enciende la primer estrella y cae ondulante y amplia la sombra y los rumores van apagándose, apagándose como el *run run* de un inmenso monstruo que se duerme.

DEMETRYOS.

## MEXICO MODERNO.



LEGACION BRITANICA.—ESQUINA DE NONOALCO Y SAN COSME.

### La pérdida del "Bourgogne"

La Corte del Almirantazgo pronunció su fallo el 11 del corriente, declarando que los oficiales del vapor correo francés la *Bourgogne*, de la Compañía general trasatlántica, fueron los únicos responsables de la colisión ocurrida entre este navío y el vapor *Cromartyshire*, el 4 de Julio del año próximo pasado, cerca de la Isla de Sable.

En la sentencia, declara el Tribunal haberse comprobado que el «*Bourgogne*» navegaba con una velocidad excesiva y peligrosísima en todo caso, sobre todo en tiempo brumoso como el en que aconteció el siniestro. Se comprobó además que todas ó la mayor parte de las compuertas para escape del agua estaban cerradas, lo que hizo tan rápida la submersión del buque.

La tripulación del «*Cromartyshire*» probó por su parte que hizo cuantos esfuerzos le fueron posibles para socorrer al buque averiado.

Como ya se sabe, la proa del «*Cromartyshire*» hundió el casco del «*Bourgogne*» por estribor y destruyó los botes pendientes por ese lado, hacia el cual se inclinó naturalmente el buque antes de hundirse, y por esta razón no fué posible botar á la mar las chalupas por babor.

Concluye la sentencia disponiendo que la Compañía Trasatlántica indemnice á la Compañía propietaria del *Cromartyshire* por los perjuicios causados durante el proceso.

El importe de esta indemnización será fijado por dos peritos, uno por cada parte y un tercero que la Corte nombrará en caso de discordia.



CASA DEL SR. GRAL. COUTOLLENNE.—RIBERA DE SAN COSME.

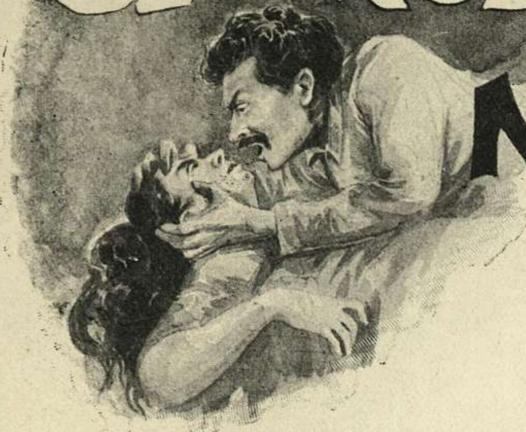


EL PRIMOGENITO.

CUADRO DE E. LANCEROTTO.

FOTOGRAFADO HECHO EN LOS TALLERES DE EL MUNDO.

# Cuentos



## Nerviosos

### Por qué la mató

Y fijando en ella sus grandes pupilas de felino, aquel impasible, que parecía haber absorbido los desalientos de muchas generaciones, tuvo un gesto trágico. Sus labios temblaron un momento, convulsivamente, y por su frente cruzó una sombra siniestra.

Luego, sacudiendo con energía la cabeza:

—¡Te mataría! dijo, y su voz resonó con estridencias metálicas.

Ella lo miró asombrada, y, cosa rara, anormal, inconcebible; por primera vez lo encontraba hermoso. Aquel hombrecillo vacilante, de color terroso, mirada como perdida en un sueño lejano, aquel sér débil, asido á la vida por un hilo invisible, de quien la juventud había huído antes de tiempo; aquel triste compañero que alumbraba tenuemente su existencia de ansiosa de todos los grandes cuadros de luz, de todas las ráfagas que pasaban, de todas las palpitaciones y de todos los frenesíes, se le alzaba ahora transfigurado por el dolor, engrandecido por la ira, inflamado por la pasión.

Y con un ademán de soberbia rebeldía, aquel vencido se irguió bruscamente y á sus ojos se asomó el reflejo de una voluntad inquebrantable.

Ah! era tierno y terrible á la vez el espectáculo de aquel eterno martirizado, presa de una inextinguible angustia, que bebía amargamente la vida, frente á una crisis suprema, retorciendo su pobre cuerpo en un espasmo nervioso, extendiendo sus manecillas trémulas, mientras que por su faz cadavérica, fatigada é indecisa, surcaba un salvaje deseo de acudir al obstáculo y eliminarlo fríamente, sin compasión, sin misericordia! . . . .

Y toda su existencia acudió á su memoria, toda una vida gastada estérilmente al lado de aquel hombre taciturno y dulce, al mismo tiempo, sonámbulo del amor, perseguido por extrañas inquietudes, envuelto en impalpables sombras, con una vaguedad nostálgica en las horas de más completo abandono, con una huella indeleble de sufrimiento, con una tortura reiterada, continúa, morbo que se agitaba en su espíritu de ave inquieta.

¿Cómo había unido su juventud triunfal y osada á aquella vida temblorosa y frágil? ¿Cómo el rayo de sol se dejó ganar por la niebla? Lo recordaba bien ahora. Fué al principio un capricho pueril, una fantasía baladí; un diletantismo malsano, mezcla de cu-

riosidad, de temor, de ironía, ¿quién sabe? algo que se escapó más tarde á su análisis, fino é incisivo.

¿No había, cuando niña, torturado á los pájaros? ¿No había sentido un placer punzante y exquisito al desgarrar el corazón de su primer enamorado? ¿Por qué? . . . . ¡Ah! Es muy hermoso el camino cuando el sol esparce á bocanadas su roja sangre por las arterias del universo y en las ramas de los arbustos ha prendido guirnalda la primavera que pasa; es muy hermoso avanzar entonces arrullada por todas las canciones que han recogido, bajo sus arcadas, las frondas; acariciada por todas las promesas y los juramentos que el aire arrastra en su ala, buscar esos mil ojillos invisibles que os contemplan, ir adelante, con la boca sedienta de todos los besos y el alma ansiosa de todas las sensaciones. Y adelante siempre! siempre adelante! Espíritu jamás repleto, deseo nunca colmado, ansia infinita! . . . .

Vivir todas las vidas, amar todos los amores, gozar todos los goces, palpitar en todos los gérmenes de la eterna, inacabable existencia, panteísmo inconsciente, en los comienzos, ansia delirante, después, que agitaba su buena dicha de vivir, para derrochar la vida, hacerla correr locamente, porque ¿acaso valdría la pena, de otro modo, de ser vida?

Ser amada es tener constantemente un ser en adoración, un esclavo á quien dar de latigazos, sin pensamiento, sin Dios, extático, mudo, inmóvil, con los brazos tendidos en actitud de súplica, sin una protesta, sin una rebeldía!

Y cuando el *Holandés-Errante*—ahora recordaba cómo le había ella llamado al conocerlo—se cruzó en su camino, aquella incorregible curiosa se sintió atraída por el picante atractivo de estudiar aquella alma, que—decía ella—tenía algo de *luz de luna*.

¡Pobre hombrecillo de rostro asustado y tímido, movimientos torpes y ojos apagados! ¿Qué fácilmente fué arrastrado por la caudalosa corriente! Cómo cobijó sus tristezas bajo el manto flordelisado de aquella soberana! ¡Pájaro que se retrata en el lago, insecto que hace brillar el sol, gota de rocío disuelta en el pétalo de una rosa!

Y después. . . . . cuando, la víspera de la boda, una observadora—¿sería acaso un observador?—la preguntaba: ¿Pero le quieres?

—Ah! ¿qué importa? dijo ella. Si él me quiere.

¿Amar? . . . . ¿no valía más ser amada?

Y fué amada, tristemente, tímidamente, sin explosiones, sin gritos de pasión, sin entusiasmos, amada por un esclavo extático, mudo, inmóvil, á quien ella marcaba con cicatrices.

¿Cuánto tiempo duró aquél drama silencioso y taciturno? Meses. . . . años. . . . ¿qué sabía ella! Lo que sí sabía es que una mañana, frente á aquél hombre inquieto y sobrecogido, lanzó brutalmente esta provocación:

—¿Y si te engañase? . . . . .

—¡Te mataría! contestó él; y después de un corto silencio se alejó lentamente.

¡Matarla! Ah! Entonces sí lo amaría ella, lo adoraría de rodillas, su última mirada sería para él, su postrera palabra su nombre! . . . . Y la atracción del abismo se apoderó de ella, una atracción contra la que es vano luchar, un vértigo de sentir una sensación exquisita, incomparable, más fuerte que la misma muerte!

¡Matarla! ¡matarla! Y bien, ¡sí! Por experimentar una vez el deleite supremo de sentirse amada de tal suerte, iría resueltamente al peligro, con la loca alegría que acude á la primera cita de amor, como la que espera al amante soñado.

¿Cómo fué? Cínicamente, sin preeliminares, sin titubeos, se dejó caer en el fondo de la falta. . . . de la falta que iba á redimirla para el amor.

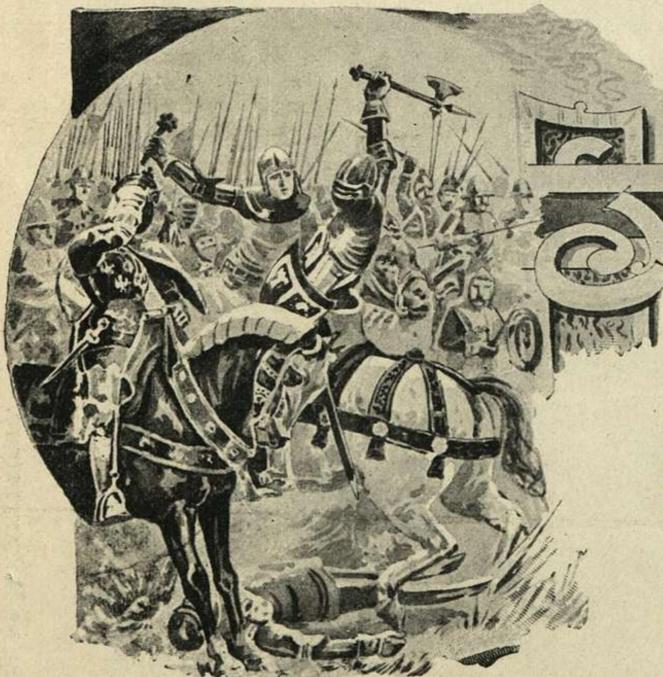
Y esperó, palpitante, ansiosa, poseída de un goce que cantaba en su ser un himno, esperó el momento supremo, cuando, después de haber trazado con temblorosa mano las dos líneas de un anónimo, vió abrirse aquella puerta y el relámpago de un disparo. . . . .

Después, la sensación de que se le iba la vida, y como una visión ya casi lejana la pálida cabeza de un hombre que fijaba en ella sus grandes ojos de felino.

Y cogiendo aquella cabeza entre sus manos—con un esfuerzo supremo—la besó febrilmente.

—¡Ah! Te adoro! . . . . . murmuró como en un éxtasis.

*Carlos Díaz Dujós*



## Salmos del Combate

Ardua es la ruta de las nuevas zonas,  
En que el dolor á combatir obliga,  
Despojando de palmas las coronas,  
Como el recio molar de las tahonas  
De sus féculas dulces á la espiga.

Deja el pomposo harem de tus sultanas;  
Ya han bajado al estadio los atletas.  
Ya cantan á las huestes soberanas  
El pregón victorioso de las dianas,  
Con sus claras gargantas las trompetas.

Deja el triste laúd de los amores.  
Resuella en los clarines de tu rima,  
Yo estoy en el tropel de luchadores:

La corona que ciño no es de flores,  
Es de zarza de Horeb. Quema y lastima!

Hay un timbal de Momo en cada empresa  
Y una cola de lobo en cada hazaña,  
Si el abismo á tu paso se atraviesa,

Como los nobles pájaros de presa  
Guarda intacto el honor de tu montaña. •

Ven! El combate purifica al fuerte,  
La espuma nace del furor de la onda,  
Si el alevoso error tu sangre vierte,  
Canta el aria del triunfo ante la muerte  
Como el grupo inmortal de la Gironda.

Alzate como enhiesto centinela  
Sobre la noche hostil, ante los odios.  
Alzate y calza en el talón la espuela,  
Ya está pronta la heroica escarapela  
Que premia los gallardos episodios.

Ya el bardo de las tristes serenatas  
Ofrece al triunfo su clarín sonoro,  
Y en los pendones de las luchas gratas,  
Flamean agresivos escarlatas  
Donde embravece el Sol cóleras de oro.

LEOPOLDO LUGONES.

Escuchas? Mientras lloras y suspiras,  
Enardecen los bravos acicates  
Al palafren de generosas iras,  
Y triunfa en las estrofas y las lirás  
La épica militar de los combates.

## CUENTOS DEL MANICOMIO.

### WALPURGIS (?)

Ya sé que nadie va á darme crédito, pero yo necesito contarlo. Y es cierto. ¡Ojalá que no lo fuera!

Seis meses han transcurrido; los he contado minuto por minuto. Es decir, estoy en la mitad de la vida que entonces se me marcó, de esa vida patológica, dolorosa, siniestra, que llevo desde aquella noche.

Yo no era supersticioso, pero, —si lo que engendra siempre las supersticiones es eso: las coincidencias!

Aquellos buenos muchachos hablaron durante toda la velada de evocaciones de espíritus, de muertos, de aparecidos, de blancos sudarios empapados en la fría luz de la luna, de luces fosfóricas—miradas de esqueletos—circundadas por la noche,

Y entre bostezo y bostezo, me tragaba mucha risa, la que me causaba su imbecil credulidad.

Quince años antes hubiera necesitado de mi abuelita cerca de mi lecho, todos los temores habrían comprimido mi espíritu, todos los miedos habrían estrechado mi cuerpo. Hubiera tenido gran horror á ver en la obscuridad, á entrar en el silencio. En una pieza oscura y callada, allí estaba, para mí, la muerte.

¿Por qué recordé esos miedos míos, de cuando era niño?

Salí de la casa de los crédulos muchachos.

Sentí calosfríos.

Como algún inexperto imberbe que comienza á dudar, y desafia con ofensas al que está á punto de dejar de ser su Dios, para que le muestre su existencia con un castigo, yo reté á los muertos.

¿Quién podía haber encendido la lámpara rosa de mi antesala?

¡Abiertas las puertas! á esa hora nadie podía esperarme; Andrés nada me había dicho.

¿A qué intentar describir lo que sentí; fué el miedo. Cualquiera lo sabe. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez?

Eso sí, los valientes son los que lo disimulan mejor. Entré.

Estaban en dos sillones, el uno junto del otro, silenciosos, inmóviles, yacentes, correctamente desnudos, como muertos, como muertos muy antiguos, coejemplares de museo, el hueso al desnudo, y lavado, limpio, reluciente.

La luz de la lámpara que rodaba por sus cuerpos, los coloreaba fantásticamente.

Quise engañarme; quise hacerme creer que en mis labios se pintaba una sonrisa de valeroso desdén. . . . y me acerqué—¡pueril!—con la intención de tocar el fantasma, y desvanecer mi ilusión.

No tuve tiempo.

Los dos se levantaron, maquinales, automáticos, muñecos. Y me tendieron las diestras manos de huesos sin un átomo de carne.

Nadie ha experimentado esa sensación; estoy seguro.

Ni será fácil la experiencia. Se necesitaría un esqueleto galvanizado, que estrechase fuertemente la mano que se le tendiera.

También la muerte es contagiosa.

Sentí circular por mis venas la paralización de la sangre.

Con sus miradas me ataron las manos; una fuerza, la de las miradas, me las hizo llevar hacia atrás, y allí se me quedaron fijas, como las de un reo á quien llevan á presidio.

Los párpados se me cayeron pesadamente, y me vendaron los ojos.

Por un extraño fenómeno; conservé en medio del miedo un destello de serenidad. Recordé como caía al peso de dos trozos de plomo, el telón del teatrillo que tenía cuando era yo pequeño. Así me pareció, que tenía dos trozos de plomo en los párpados.

¿Anduvimos en tierra firme, rápidamente, vertiginosamente, ó volamos por los aires en alas del mismo viento?

¿Cómo sonaban, en ruidoso craqueto, los huesos de mis secuestradores!

¿No era aquello un secuestro?

Después. . . nada, silencio absoluto, impresión de vacío en derredor.

Al fin llegamos. Sentí cómo caíamos, pero no fué el choque violento que se siente al caer, cuando se ha volado. . . . en sueños. El golpe se resiente en el cerebelo y se despierta.

Experimenté la sensación del nadador al chocar contra la superficie.

Y pude ver y oír; hablar no. Estábamos á las puertas del cementerio.

Las miradas anémicas de la luna, abarcaban toda la necrópolis.

Sólo en un rincón en donde había más muerte, bajo un sauce, en un girón de sombra naufraga, se abrazaba magdalénicamente á los pies de una gran cruz.

No había criptas, ni túmulos, ni estatuas, ni mármoles, ni bronce; no había lápidas. Y, como sembradas sobre las sepulturas, las cruces de variados tamaños, enfiladas, las cruces angostas y serenas pero

vacías, sin actitud dolorosa, sin expresión de misericordia, sin gesto de perdón, sin Crucificado.

Desde las ramas de los tristes cipreses, buhos, momias, lanzaban por sus ojos vidriosos, miradas de verdes pebeteros.

En un rincón yacían, en desordenado hacinamiento, todos los sarcófagos despedazados, todos los cenotafios desmenuzados.

La reja de hierro giró sobre sus goznes, con chirrido prolongado y agudísimo.

Mis secuestradores me hicieron seña de que entrase.

Los obedecí dócilmente, porque tenía curiosidad, como obedece al astrónomo el visitante del observatorio.

La curiosidad había matado al miedo.

Dí un salto hacia atrás; trataban, al parecer, de desnudarme.

¿También los esqueletos roban?

Me obligaron por la fuerza, y me despojaron de mis vestidos; pero me despojaron con enormes descarnadores de mis vestidos carnales.

¿Qué horror!

Como registra el carcelero á la puerta de la prisión, me registraron, me esculcaron todas las cavidades del tronco, para que no me quedase ni una víscera.

Llegaron á la cabeza. . . . ¡Nada me le quitaron!

Y volvieron á enlazar sus brazos á los míos, ya también descarnados.

¿Qué extraña sensación se experimenta cuando es uno esqueleto!

Algunos salían á nuestro paso, dejaban sus fosas, brotaban sacudiéndose la tierra que rodaba por sus hoquedades, como un cisne al salir del estanquesacudido de la agua de su plumaje.

Y nos seguían.

Allá al fondo, en donde se abre la calzada estrecha y sombría, estaba la entrada de una catacumba, larga, muy larga y muy amplia.

¡Sorpriente, curioso, terriblemente hermoso, fué el espectáculo!

Mucha luz, luz de azufre! Diáfana, transparente, purísima la atmósfera.

Y ante una mesa inmensa, una muchedumbre de esqueletos, de pié, rígidos y severos.

En otra ocasión, más tranquilo, me habría reído. Al mismo tiempo, como un ejército de fantoches, me saludaron, inclinando sus cabezas calvas, en donde la misma luz se rió.

El lugar de preferencia fué para mí.

¡Un festín, festín de esqueletos!

Sobre la mesa había todo lo que hay en las mesas de los vivos.

Viandas y vinos.

Había flores, flores de cementerio, flores lloronas de colores tristes y de caras mustias.

En la atmósfera se reproducían por millares nuestras imágenes.

Allí estaban los viejos luciendo sus cráneos deformes; la mandíbula inferior, como queriendo huir, saliente; la boca desdentada; por los huecos se veía la obscuridad del interior. Niños recién nacidos y recién muertos, asomaban sus carillas aplastadas y sus cabezas redondas (?)

Y la luz arrancaba reflejos á los pulidos cráneos de frente estrecha, cráneos femeninos.

El cráneo de mi buró había sido devuelto á su dueño. Me saludó sonriente, como á un amigo.

Y entre todas las caras huesosas, resaltaba la mía, cara de ojos brillantes y de mejillas enrojecidas. Era yo su convidado de carne, de carne y hueso.

Comenzó á hacerse sentir la embriaguez.

Algunos daban el último sorbo del vino rojo y traviado que al resbalar les teñía las costillas, y rodaban bajo la mesa.

Todos charlaban alegremente en latín.

Yo los entendía muy bien, como algunos sordos entienden, por el movimiento de la boca. Hablaban silenciosamente, moviendo con rapidez sus bocas deslenguadas.

Después. . . . el viento encallejándose entre los árboles, produjo sonidos de flauta, notas de pífano, acordes de violín, de arpa. . . . una extraña melodía de Chopin.

Y empezaron el baile macabro. Al principio lenta, muy lentamente, cadenciosamente. Luego de prisa, con rapidez, con vértigo, y con movimientos de epilépticos, de poseídos.

Era ensordecedor el castañeteo de sus miembros.

Yo contemplaba con atención aquel exótico espectáculo.

Un anciano se me acercó:

—A usted debe extrañarle mucho todo esto, ¿verdad? Este es el festín con que centenariamente celebramos el día nuestro, el día de los muertos. Como los excépticos que allá entre ustedes no creen en la existencia de otro mundo, nosotros no creemos en la existencia de esa vida por la que hemos pasado, la hemos olvidado por completo, y somos felices. Sólo cada siglo, aquí, en donde por la tarde, ante nuestra tumba, han vertido lágrimas falsas nuestros dolientes, ridículamente vestidos de luto, y provistos de un ramo de flores de á dos pesetas, celebramos nuestro advenimiento á la ciudad del absoluto reposo, del eterno bienestar.

Celebramos nuestro triunfo sobre la orgullosa Muerte; la hemos hecho nuestra; la hemos dominado; ¿podría matarnos? ¡Somos inmortales!

Usted lo será pronto, alégrese, sólo un año le resta de tratar con hipócritas, con malvados, con hombres. Un año. Yo lo sé muy bien. El próximo día de difuntos, lo espero allá al fondo del cementerio. Lo espero,—me repitió, y me largó la mano dura y fría.

. . . . Se hundió en la negrura del cementerio.

La noche tendió por todas partes su manto de obscuridad y de frío.

El buho graznó lúgubrementemente y el grillo preludió su canción metálica.

En la sombra, distinguí á los danzantes; acompañaban á sus parejas hasta el borde de su sepulcro.

Ellas hacían una inclinación, ceremoniosa, reverente y se desplomaban. Después se oía—¡ah, yo lo oí repetidas veces!—el rebotar sus huesos contra las paredes de la fosa.

Muchos iban á un ángulo del panteón, y con un esfuerzo de voluntad que no parecía ser grande, se desbarataban, crugían sus miembros al desarticularse, y quedaba un montón de huesos. Eran los del osario.

Y aumentó, aumentó prodigiosamente. Tibias y húmeros, fémures y radios astillados, craneos incompletos. . . .

El Miedo volvió á cobijarme con su manto helado.

Y eché á correr con toda la ligereza de que es capaz un esqueleto.

Me detuvieron en la puerta.

¿Iba á salir así?

Me entregaron mi veste carnal y volvieron á acompañarme.

Cuando volví en mí, aún tuve tiempo de ver brillar en la puerta los homóplatos de los dos habitantes del panteón que se alejaban.

Y allá, al fondo de la necrópolis, me espera el anciano. Allá me llevarán dentro de medio año.

¡Medio año!

¿Tendré valor para esperar?

¿No iré yo mismo á encerrarme en mi tumba?

No, no tendré valor para esperar.

Sí, yo mismo iré á encerrarme en mi tumba.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.



AL DANTE.

Padre, dices verdad; la selva obscura no tiene ya camino conocido; en su lóbrego seno estoy perdido y amurallado y preso en su espesura.

La antorcha de la fe, radiante y pura, al viento de los años se ha extinguido, y entre la sombra voy solo y rendido, con mi pesada carga de amargura.

Si aquí has visto flotar la reluciente túnica de Beatriz, y aquí tuviste la sombra de un laurel sobre tu frente, apiádate, maestro, del que existe, sin gloria y sin amor, y cual tú, siente ensangrentado el pie y el alma triste!

*Francisco Zarate Ruiz*

Dibujo de Apeles Mestres.

## ¡FIEBRE.....!

Amberes, 5 de Noviembre.



H qué sueño horrible! Al recordarlo «*me asombro y toma temblor mi carne.*»  
... Me veía contigo corriendo por llanuras inmensas, sin colinas, ni techos, ni arbustos, por llanuras rojas que reflejaban la cólera del cielo. Y temblábamos de espanto, porque el silencio comunicaba resonancias desconocidas al grito de nuestra conciencia.

¡Y sentíamos aspiraciones sin nombre! Y así llegamos á un lago de agua transparente, en cuyo centro encontramos la isla de la leyenda habitada por almas errantes y por sombras de damas y caballeros, muertos desde que el viejo rey arrojó á los abismos la copa de oro de los amores. Y nosotros nos estrechábamos fuertemente el uno contra el otro para protegernos de aquellos vientos desencadenados, de inconstancia, de indiferencia y de olvido.

Subimos la cordillera, pasando por Arequipa. Allá cerca del Cuzco, entre Puno y Chililaya, en la altiplanicie más elevada del globo, encontramos otro lago rodeado de montañas azules, y en el centro, el templo del Sol, desde donde los Incas hablaban con el cielo, y reconocimos esos sitios donde tanto nos habíamos amado, y escuchamos otra vez los ecos, repitiendo nuestros juramentos.

Nos acercamos á la huaca, y vimos aquella misma momia aymará, con los cabellos cerdosos pegados al cráneo apergaminado, los ojos dilatados y la boca enorme que reía haciendo temblar sus dientes. Amor eterno..... ¡eterno! ¿Cuántas veces repitió el eco la carcajada maligna del aymará, que nos llamaba en son de burla, acurrucado en el fondo de su huaca? Amor eterno.... ¡eterno! ¡Ja, ja, ja!.....

Después pasamos por Guayaquil, por Roma, por Panamá, por otras ciudades que juntos hemos recorrido, y las veía, las sentía de una manera casi palpable, con sensaciones de vida material.

Y así unidos llegábamos á cada sitio, y nos deteníamos sólo el tiempo suficiente para combinar y realizar un crimen, que cometíamos contra nuestra voluntad, con los ojos arrasados en lágrimas, é impulsados por la fatalidad de una fuerza superior. Esa conciencia de nuestro delito, era la parte más dolorosa del castigo impuesto por Dios en otros mundos, á nuestras pobres almas, por haberse amado sobre la tierra con estremecimientos de placer y voluptuosidades de dolor.

Y huíamos de la justicia humana, que jamás podía alcanzarnos, porque con poder irresistible pasábamos campos, salvábamos valles, subíamos montañas y al final de la carrera el horizonte se ensanchaba y sen-

tíamos que los límites misteriosos impuestos á la inteligencia humana, nos llamaban con atracciones de esfinge. Y para defenderme del vértigo te tomaba con fuerza y te oprimía con pasión delirante sobre mi pecho, y así unido contigo, como la imagen dantesca de Paolo y Francesca, corría..... por los espacios sin fin!

Varias veces volví en mí é intenté encender la luz. Mi voluntad lo ordenaba, pero mi cuerpo, cansado y dolorido, no podía absolutamente obedecer. Y en la misma obscuridad me parecía ver formas raras y oír gritos y lamentaciones. Extendía los brazos y tropezaba cerca de mí con un esqueleto hórrido, como en el cuadro de Holbein, y mis oídos transmitían al cerebro el sonido de sus huesos, con cadencia y compases marcadas de danza macabra..... y volvía á caer en mi sueño..... y arrebatado contigo, corría al través de valles, montes, ciudades, pampas y desiertos inmensos, inconmensurables!

Y al despertar de esta larga época de mi vida, encontré junto á mí un cadáver frío, pálido, con una sonrisa que parecía una mueca: era el cadáver de mi pobre juventud!

BELISARIO J. MONTERO.

De *Mi Diario*.

## EL DISPENSADOR DE BELLEZA.

A Juan Lorrain.

Teresa volvía de Suecia. Había pasado ahí tres meses muy dulces, de una dulzura que envolvía en nieves y en pieles, al lado de su madrina á quien quería filialmente. Había conocido el valor de las hospitalidades septentrionales y el embeleso extraño de ese país en que se experimenta la sensación de ser aligerado y como purificado al contacto de los horizontes de hielo, no obstante que la vida interior vuélvese intensa y grave. Pero había sufrido asaz también á causa de su larga separación de Raul. Oh! el caro, el caro ausente para quien su corazón se había conservado en medio de la nieve..... Y ahora iba á encontrarle. Esas casas de campo, esos senderos, esos bosques mostraban las huellas de sus miradas. Silbaba el tren..... Ella se aproximaba..... Por qué el gran goce de mirarse estaba amargado por una terrible angustia?

Teresa temía evidentemente el minuto tan deseado del contacto. Adivinábase esto en su actitud, en el movimiento de su busto echado hacia atrás, pegado contra el tabique del compartimiento, como para retardar la rapidez dolorosa del tren. Y su espíritu obraba de la propia suerte: las almas de las viajeras á quienes el hombre amado espera en la estación, lánzase más allá de la ventanilla y corren aéreas por los hilos eléctricos.

La suya volvíase rígida retrocediendo con espanto como ante la aproximación de un fierro enrojado al fuego. Por qué?

—Por qué durante esos meses de ausencia los espejos habían sido tan crueles para con ella? Ah! los penosos despertares, las penosas toillettes, la lucha contra la evidencia y la certidumbre implacable de la realidad; algunos hilos blancos, un reblandecimiento de la línea de la boca, un poco de estropeamiento en los párpados y algo de pastoso en la barba, nada—todo—«los uñanos de la decrepitud, querida mía,» como decía su amiga la señora Sterne; su rostro, hasta entonces intacto, marcado por el marchitamiento inicial—Ah! Raul, Raul he aquí lo que ella os llevaba..... Que pensaría él, el adorado, que diría ante aquel fracaso que á sus ojos parecería de un golpe? La amaría aún?..... Y en su amor era por cierto en lo que ella pensaba, en su precioso amor amenazado. El desgarrador silbo del tren parecióle como el grito de su inquietud.

El tren se detuvo. Raul estaba ahí, en espera. Al apearse del wagon, ella le arrojó su mirada de angustia. Vió él aquel pobre rostro hollado, aquella mirada dolorosa. Y comprendió... Y concibió desde luego la generosa mentira.

\*

Fuéronse en el cupé cuyo breve y capitinado interior daba más encanto á su ternura. Bajáronse los cristales sobre las caricias y las palabras. Teresa habló mucho, canalizó sus reminiscencias felices de via-

je para sumergir en ellas su pena; mas no cesaba de pensar: «¡Dios mío! Ha visto bien?..... Acaso no ha visto aún..... pero pronto, con las luces..... Ah!»

—Y vos, preguntó ella, que habeis hecho?..... Como habeis estado?.....

—Bien, respondió Raul..... es decir..... No sé á punto fijo lo que me pasa..... *Mi vista ha bajado mucho en estos últimos meses.*

Ella dejó escapar un grito. Era de tristeza, de piedad ó de salvación?

Quién había vibrado, la coqueta victoriosa, la enamorada egoísta, ó la compañera que había prometido partir la buena y la mala fortuna, los días de prueba y los días de prosperidad?

Llegaron al hotel cuyo lujo era como un adorno de su belleza. Los matices de los muebles y de las colgaduras eran como las siervas harmónicas de su tez. Teresa pensó que ahora iban á tornarse insolentes.

Evocó la rebelión de los esclavos, antes tan humildes y sumisos, bruscamente arrogantes frente á la derrota del amo. Y en su corazón germinó el odio contra esas cosas sin alma como si ellas tuviesen conciencias responsables. Odió, no solamente la realidad material de las telas sino también las pequeñas y fugitivas vidas de los matices y de los reflejos.

Raul la dejó confiada á los cuidados de sus sirvientas. «Os esperaré en el boudoir,» díjole con respetuosa ternura.

Teresa se retiró á su departamento.

Las criadas la rodearon solícitas y fuéle preciso sufrir la charla mercenaria.

—La señora tuvo un feliz viaje?

—Que buen aspecto tiene la señora!

—La señora es siempre la misma, siempre tan hermosa.

Teresa vió lucir en los ojos de aquellas mujeres crueles ironías, la alegría de los celos latentes triunfaba en aquellas miradas burlonas. Más que con palabras de franqueza brutal se vió despojada con bajas adulaciones bajo las cuales silbaban las serpientes. Y previó inmediatamente las befas del oficio, en que las serpientes escondidas, recalentadas y nutridas, se desenrollarían, se desplegarían libre y victoriosamente y desde el fondo de su madriguera levantarían sus cabezas venenosas por toda la casa, por la calle, por la ciudad. . . . Tuvo una visión horrible y conoció durante un momento la locura de matar.

El agua perfumada del baño no la apaciguó ni tampoco la caricia amplia del crepúsculo. Pensaba en que Raul esperaba en el budoir. . . . El peligro que por un momento había creído evitado aparecióle inmediato y terrible. Serían suficientemente débiles aquellos ojos amortiguados para no percibir su carne miserable?

Fué por fin resuelta al martirio.

Raul pidió que llevasen lámpara. Los amarillos del budoir se encendieron preciosamente. Los matices y los reflejos vivieron, se eclipsaron, resurgieron, hicieron alegres cabriolas en redor de ella como duendes y gnomos. Y ella manteníase de pié en medio de la ronda cruel.

Mas ya no tenía ni la energía de la ira, se declaraba vencida y pedía gracia á sus adversarios.

—Venid, dijo Raul, atrayendo á su lado aquella carne fugitiva. Venid, que yo os mire. Que yo encuentre de nuevo mi jardín! . . . .

Y cuando estuvo ella sentada sobre sus rodillas:

—Sí, sí, sois vos, sois vos, siempre igual, siempre joven, olorosa y bella. . . .

Me devolveis todos mis bouquets intactos. . . .

Ella se estremeció, pensando en las palabras idénticas de las criadas. Las serpientes! las serpientes! . . . El también, el gran amado, les daba asilo? . . . Y le contempló fijamente y no vió más que dos ojos bondadosos llenos de admiración y de ternura, *ojos que reflejaban la belleza*. . . . Oh! pobrecitos enfermos! cuánta piedad tuvo de ellos!

. . . . Y cuán feliz fué!

Entre tanto Raul, sentado sobre el bajo diván familiar á las caricias, depositaba en cada parte de su rostro los santos olios amorosos.

Besó sus párpados averiados:

—He aquí tus ojos siempre resplandecientes, tus ojos de deseo y de luz.

Besó los marchitos labios:

—He aquí tus labios siempre frescos.

Besó la barba hollada:

—He aquí tu barba siempre pura. . . .

Paseó sus manos piadosas por la abundante cabellera en que corrían sutiles filones de plata.

—Y he aquí tus hermosos cabellos negros «como un rebaño de cabras que descienden de la montaña de Galaad,» tus cabellos perfumados, tus cabellos gloriosos. . . . Cómo amo tus cabellos negros!

Teresa dejábase deslizar, resbalar por las móviles arenillas del éxtasis. Y en aquellos momentos, la que pensaba en los pobres ojos enfermos, en los ojos ilusos, no era de fiyo la compañera atenta á las solicitudes. La causa penosa había desaparecido ante la alegría final. Y desdeñosa de las alegrías mercenarias, victoriosa de la rebelión de los matices y de los reflejos, la mujer purificada reconquistaba su gloria y la enamorada triunfaba.

\*

Por la mañana le preguntaba ella:

—Cómo estáis, amigo mío?

El la miraba.

—Mi vista baja siempre, respondía. Cada noche hace un poco más de noche. . . .

Ante aquella enfermedad que hería al hombre amado, Teresa no habría sabido decir la índole de la emoción que habitaba en su espíritu. Era pena ó era alegría? En realidad eran ambas cosas. Y por una peregrina mixtura psicológica, esos dos sentimientos opuestos se penetraban tan bien, que formaban un sentimiento *único*, en el cual no podía discernirse la parte que tocaba á cada uno.

Pero el saludo matinal de Raul era siempre semejante:

—En cuanto á vos es inútil preguntaros cómo estáis. Qué linda sois esta mañana. . . . Más acaso que ayer? Acaso más que hace diez años? No lo sé. Para vos siempre es lo mismo. . . . Verdaderamente estáis marcada con un sello misterioso. Poseéis el secreto de la juventud y de la hermosura eternas.

Teresa se sentía refrescada, renovada como por un baño maravilloso. El huésped extraño de su alma, se deleitaba en esas palabras creadoras, y el dualismo de su sentimiento se inclinaba entonces hacia la *feliz unidad*.

Y de la propia suerte las veladas se perpetuaban, las divinas veladas en el diván, donde, en la escarpa de los cabellos desatados, Raul paseaba sus dedos, repitiendo:

—Que negros son los cabellos de mi amada! . . . . Yo me torno gris. . . . Todo se torna gris en nuestro rededor. . . . Cómo hace mi amada para conservar esos hermosos cabellos negros? . . . .

\*

Pasaron meses, pasaron años. Pasaron como esos malos bohemios que dejan á lo largo de su camino la huella de sus robos y bandidajes? Fué el rostro de Teresa marcado por los hoyancos que abre en el lodo de las carnes blandas la pesada carreta del Tiempo? No, sin duda, pues que la virtud de las palabras matinales y la consagración de las veladas aquellas, la mantenían intacta, porque Raul continuaba amándola ardientemente y amándola *por su belleza*.

Su serenidad establecióse así en una seguridad definitiva y contempló orgullosamente el porvenir. Una sola cosa la afligía: que la vista de Raul bajaba, bajaba todos los días en proporciones espantosas. . . . Pero este miedo no se traducía sino en piedad para él. No pensaba ella jamás en hacerlo converger sobre ella misma, porque á medida que más y más tomaba posesión de su belleza, iba ella olvidando los lazos que unían tal belleza á los ojos enfermos. . . . Recordaba que en la hora inicial había aceptado aquellos ojos engañados simplemente por el *error* de su juventud y que en ese engaño vió al principio la salvación, no de su rostro, sino únicamente de su amor? Pensaba que poco á poco se había alejado de las sonrisas burlonas de sus siervas, de la franqueza brutal de los espejos y de los fuentes, y que aquella mirada de Raul no había sido más que el último refugio de una juventud y de una beldad que ya no residían más que en ella?

No, todo eso no existía ya. Con una confianza orgullosa de mujer, y con esa extraordinaria facultad de abolición que tienen casi todas, ella había suprimido las relaciones y creía sinceramente, colocada como estaba frente á un reflector enfermo, que se había colocado fuera del tiempo. Su rostro se había desprendido de las contingencias. Llevaba en sí mismo su mágica virtud. Así, ese extraño dualismo que había integrado su sentimiento primitivo, se había roto ahora volviendo cada elemento á su correspondiente sitio. Sufría por tanto, por la prueba que constituían para ella aquellos ojos enfermos. Y era dichosa por el milagro de su beldad.

Y verdaderamente no era razonable su creencia en esa realidad bienhechora? Puesto que ella no se exteriorizaba sino en aquella mirada, que no se miraba ya más que en él, que no era pensada, reflejada, y por ende creada sino por él—y que en él era bella—lo era en efecto en la sola realidad por la cual el mundo nos sea accesible. No solamente besaba Raul las cejas, las mejillas, los labios, sino que dándole ese sacramento de amor los regeneraba. No solamente sus manos eran una tintura gloriosa para los cabellos desatados, sino que sus labios eran creadores, sus palabras eran creadoras.

Eso no era en suma más que el prestigio de la eterna ilusión. Pero la grandeza de su acto consistía en que por su sacrificio pudo él hacer *una realidad* de aquella juventud y de aquella belleza que se habían refugiado en el supremo asilo de su mirada.

\*

Un cruel sacrificio. . . . Porque hay en la economía de la vida una ley rígida de equilibrio. Y Raul se amonorbaba en virtud de todo aquello que daba á Teresa. Robaba por ella al destino humano, pero estaba obligado á hacerle reembolsos personales.

Su mentira veladora, exigía el renunciamiento á la independencia vital, la aceptación de una debilidad pueril, la atrofiavoluntaria de sus miradas y de sus movimientos. Ese hombre fuerte y sano, en plena posesión de su actividad y de su luz, descendió resueltamente á la sombra miserable. Lo hizo con alegría pues que á ese precio ella permanecía tranquila y feliz, pues que encerrada así en un refugio inaccesible á la que habitaba en su corazón y su mirada.

Su existencia estaba consagrada á la servidumbre de los enfermos. Debió abandonar sucesivamente sus lecturas, sus ocupaciones, sus intereses, las alegrías del sol. No salía ya más que del brazo de un criado ó de un amigo. Sus manos, torpes, incapaces después, tentaleaban en su redor en la obscuridad luminosa á donde descendía por una paralela degradación. Porque habíase curado de mantener un constante equilibrio entre su mirada y el rostro de Teresa. Y llegó un día en que se volvió completamente ciego porque á ese precio solamente podía aún ponerla sobre sus rodillas y decirle:

—Cómo sois hermosa siempre! Cómo sois siempre joven! . . . Cómo amo vuestros cabellos negros! . . . .

Hay que reconocer que Teresa cuidó á su enfermo con una gran solicitud. Fué verdaderamente la compañera, la presencia dulce y fresca al rededor de aquel espíritu probado. . . . Lo fué sobre todo á medida que el sentimiento de su belleza se desprendió de la mirada de Raul, y que ella la poseyó, no ya como un

error, tampoco como relativo sino bajo la fé de una entidad.

Pero entonces un nuevo pensamiento germinó poco á poco en ella: «ay! mi juventud y mi beldad se nulifican en solicitudes miserables al lado de un enfermo.»

Oh! ella rechazó la corrosiva idea, quiso arrancar la mala hierba. . . . No hizo emperio, más que cultivarla.

Antígona se develó entonces, fuera de las rigideces antiguas. Se humanizó de un feminismo moderno. . . . Y conoció la pena.

Lo que era un humilde y grave deber le pareció un gran sacrificio; porque no podía nivelarse con las sencillas mujeres, ella que estaba adornada de una juventud y de una belleza excepcionales. Hay pobres criaturas destinadas á las funciones serviles, á las cofias de silenciosas reclusas, y que como algunas plantas no sabrían vivir más que en la sombra. Pero la virtud de ella, su misión humana ¿no eran aquilatar esa belleza de la cual tenía el monopolio y que sin duda le había sido confiada para que hiciese producir ante el júbilo de las miradas toda la magestad que en ella había? Ella no tenía derecho para desviar en bien de uno solo aquella obra magnífica de la creación. Ella pertenecía á la luz.

Así, poco á poco sentíase más desviada con su papel de monja. Otro sentimiento habría podido sostenerla: su amor por Raul. No era ella la enamorada? Sí, le había amado profundamente. Pero á medida que se desarrollaba en ella la confianza de que era una elegida cuya juventud y cuya belleza estaban por encima de los ataques del tiempo, el orgullo había usado al amor. La enamorada se retiraba poco á poco ante la gloria de la mujer. Exaltábase en la pasión de su carne, en el celo ardiente de su rostro y en ello consumía todas las fuerzas de su ser. De suerte que ammorada su ternura y matizada después de pena, turbada más tarde por el despecho, convirtiéndose al fin en un verdadero odio contra aquel enfermo *por el cual sacrificaba su belleza*.

Así pues, cuando el amante vino se arrojó en sus brazos.

\*

En una delicada siesta primaveral, Teresa se paseaba del brazo de su amante. Disfrutaba de la fina luz que sobre ella caía, del frescor venido de los árboles, de las hojas, del reciente riego, de la juventud esparcida en la atmósfera. Un vaporizador misterioso le soplabá al rostro algo de la esencia odorífera de la vida.

Iban lentamente, impregnando su alegría de estar juntos, con el perfume de las violetas que tenían entre las manos. Teresa pensaba que aquella hora de amor ante el lindo sol, hacía valer su triunfante juventud y sonreía á toda aquella verde delicadeza que la rodeaba. . . . De pronto el amante oprimió su brazo y se detuvo bruscamente. Estaba muy pálido. Dijo:

—Mira. . . . mira. . . . ahí. . . .

Ella miró! Raul venía, conducido por dos criados. Caminaba por la otra banqueta y llegaba en sentido inverso. El amante asustado quería huír, esconderse en alguna ruta lateral, evitar el encuentro. . . .

Pero Teresa dominada por el encanto de la hora que tanto bien hacía á su belleza, impulsada acaso por un deseo de jactancia femenina, tiró del brazo de su amante encorvado sobre el suyo.

—No! . . . . Ven. . . . No nos ve. . . .

\*

Raul se aproximaba. Tenía el andar desigual y la frente levantada de los ciegos. Pero bruscamente, atravesó la calle de árboles con un paso súbitamente rápido y seguro. Avanzó hacia el amante y mostrando á Teresa con el dedo:

—Es vuestra querida, señor? dijo. No os cumplimentaré por cierto. Cómo os atrevéis á salir así, en compañía de una querida vieja? Porque es vieja esa mujer. . . . es vieja. . . . No lo habíais percibido?

Y quitándole entonces todo lo que la había dado, la despojó sin piedad. . . .

—Mirad esos ojos vidriosos. . . . esos labios reblanqueados. . . . Ved esos cabellos. . . . y esas arrugas. . . . y esa piel, ah! la horrible piel de las viejas. . . . Y eso besais. . . . y eso acariciáis. . . . Vuestros besos deben ser pagados bien caro para que no sintais su moho. . . . Os saludo, Señor.

Teresa lanzó un grito y se desplomó. Y los transeuntes que acudieron vieron sobre la acera un quebrantamiento de carnes flácidas,—una horrible vieja de cabellos blancos.

JEAN MADELAINE.

Traducido expresamente para *El Mundo Ilustrado*.

# TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 4.

La idea de vender casullas y viacrucis no seduce al joven, que oculta en el fondo de su cajón una porción de sonetos y que madura en su cabeza el argumento de un drama romántico en donde se dirá *Paques Dieu!* y *Messeinguers*. Sin embargo, lo primero es no disgustar á su padre. ¡Le causa tanta satisfacción el observar que desde hace algún tiempo M. Violette se interesa por él y se modera algo en su funesto vicio! El joven obedece á su padre, y el domingo siguiente, al medio día, se presentan ambos en la calle Servandoni.

El «explota-santos» les recibe de buen humor. Acaba de llegar de misa mayor y va á sentarse á la mesa. Les invita á acompañarle para saborear unos riñones salteados que constituyen uno de los triunfos de Berenice, la cual sirve á la mesa con los dedos llenos de sortijas. Pero los Violette han almorzado ya, y el empleado expone su pretensión.

—Bueno,—dice el tío Isidoro,—Amadeo puede entrar en casa; pero ya sabe usted, Violette, tendrá que adquirir como una nueva educación. Es preciso empezar por el principio y seguir enterándose. . . . ¡Oh! El muchacho será bien tratado. Comerá conmigo, ¿no es así, Berenice? . . . Pero al principio habrá que trabajar un poco, como yo cuando vine del pueblo; aprender las faenas del almacén, envolver los paquetes. . . .

M. Violette mira á su hijo y nota que está avergonzado. El pobre hombre reconoce su error. ¡No valía la pena de haber deslumbrado á M. Patin, en plena Sorbona, citándole sin titubear tres versos de Aristófanes, para luego hacerse embalsador! ¡Ea, pues, no hay que hablar más de esto! Amadeo envejecerá sobre los cartapacios de la oficina y descifrará las charadas de la *Ilustración*; estaba escrito.

Se despiden del tío Isidoro con las siguientes palabras:

—Ya lo pensaremos M. Gaufre, y vendremos á ver á usted.

Pero apenas Berenice, al salir ellos, ha cerrado la puerta de la escalera, M. Violette dice á su hijo:

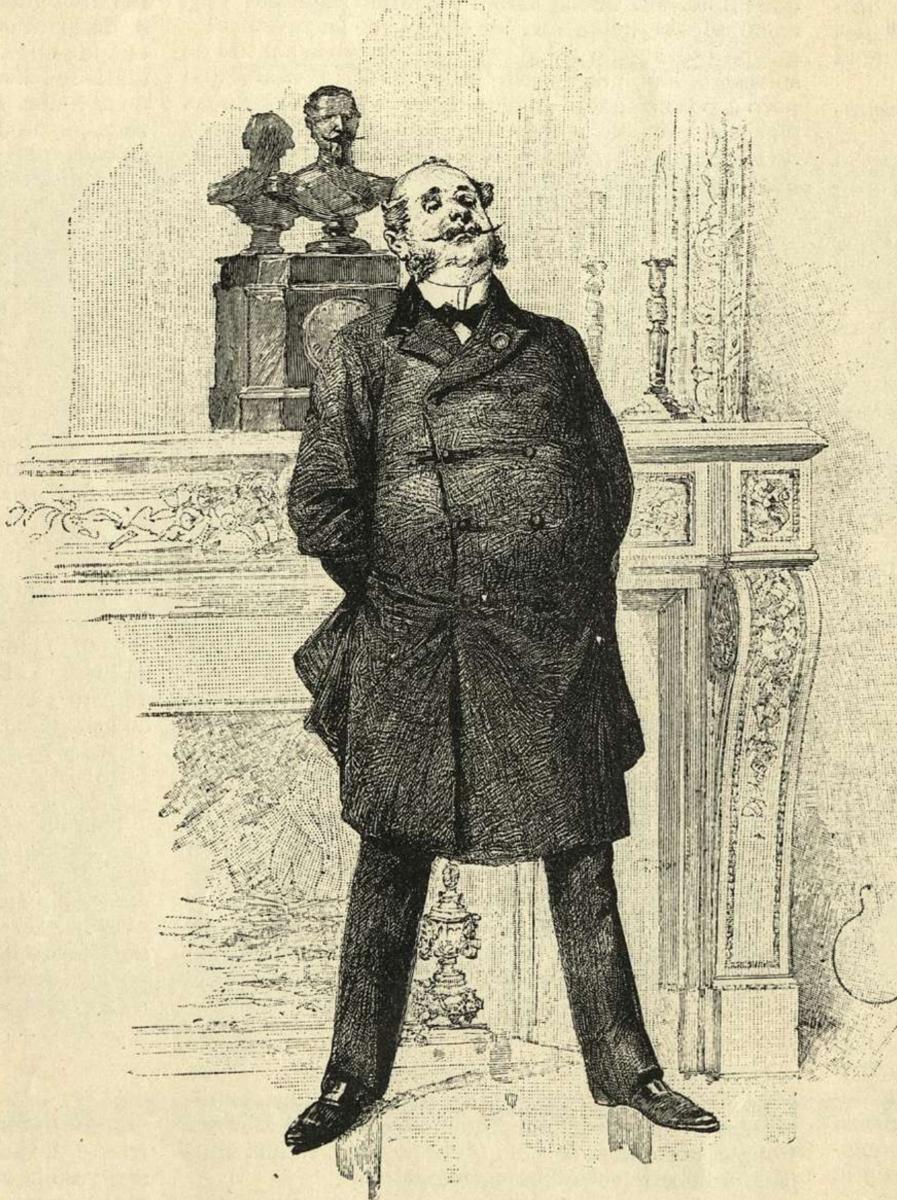
—Decididamente nada podemos esperar de ese viejo egoísta. Mañana iremos á visitar á mi jefe M. Courtet á quien por precaución he hablado de tí.

El jefe de M. Violette es muy hombre de bien, aunque tiene demasiado empaque. Su roseta encarnada, tan grande como una moneda de dos pesetas, deslumbró los ojos. M. Courtet es la misma moderación y sólo comete la imprudencia de calentarse largos ratos, vuelto de espaldas á la chimenea, con las faldillas levantadas: el mejor día va á quemarse el pantalón. Pero ¡qué importa! Tiene buen corazón y ha sido el primero en notar la decadencia lamentable del viejo Violette, «un pobre diablo que no llegará á la edad de la jubilación.» Encargado de la admisión de auxiliares, M. Courtet reservará una plaza á Amadeo, y dentro de ocho días será nombrado éste empleado con un sueldo de mil quinientos francos anuales. Está prometido y es cosa hecha.

Oh! Tener que sufrir el insoportable calor de la estufa y la peste de los papeles viejos, no es muy agradable que digamos. Sin embargo, Amadeo no tiene motivo para quejarse: hubieran po-

dido darle cifras que colocar durante cinco horas seguidas y á la bondad de M. Courtet debe el que le hayan destinado á «la correspondencia.» Así estudia protocolos y se hace fuerte en los términos y fórmulas de la cortesía oficial. Ahora conoce ya la diferencia que media entre «la consideración distinguida» y «la consideración más distinguida», y mide el abismo que separa una «seguridad» de un «homenaje.»

Resultado: Amadeo se fastidia, pero no es des-



graciado, porque tiene tiempo para soñar despierto.

Por la mañana va á la oficina por el camino más largo, buscando el modo de aconsonantar *honor* y *amor* sin que resulte una vulgaridad; ó bien piensa en el tercer acto de su drama y en la gran escena de amor que debe pasar en Montfaucon. Por la tarde visita á los Gerard, á quienes halla reunidos alrededor de una lámpara en el comedor; el padre leyendo un periódico y las tres mujeres haciendo labor. Charla con María, que la mayor parte de las veces le contesta sin levantar la cabeza de su costura, quizá porque la coqueta supone que Amadeo admira sus hermosos ojos entornados.

En efecto, el joven ha rimado en honor de ella sus primeros versos, y, por supuesto, la adora; pero también está enamorado de las señoritas de Lantz, á quienes suele ver en casa de la señora de Roger. El domingo pasado tenían cada una de las tres una rosa en la cabeza, con la cual se parecían á esos panteones de bizcocho que los pasteleros ponen en los escaparates los días de las grandes fiestas. Si Amadeo hubiera sido presentado á las once mil vírgenes sucesivamente, éstas hubieranle inspirado once mil deseos, sin contar

además á la criada del cuarto segundo, cuya mirada oblicua le turba si la encuentra en la escalera; y su corazón desfallece cuando pasa por frente de una tienda de la calle Bonaparte, en donde una guanterita insidiosa le obliga á comprar guantes de color de sangre de buey, que él detesta. Es preciso no olvidar que Amadeo es muy joven y que está enamorado del amor.

Por otra parte, extremadamente tímido, no ha tenido nunca la audacia de decir á la linda guanterita que le gustaba más ella que los guantes, ni la temeridad de enseñar á María Gerard los sonetos que compone para ella, algunos con estrambote; ni la serenidad de arrostrar frente á frente las miradas intencionadas que le lanza la criada del segundo; cosa tanto más rara, por cuanto una hermosa mañana al pasar por delante de la carnicería vió al mozo de tabla que abrazaba por el talle á la muchachita.

Algunas veces, al salir de la oficina y antes de comer, Amadeo va á ver á su amigo Mauricio, que ha obtenido de Mme. Roger (¡oh debilidad maternal!) el permiso de habitar en el barrio latino para estar más cerca de la Escuela de Derecho.

En un entresuelo muy bajo de techo de la calle de Monsieur-le-Prince, Amadeo encuentra en el fondo de una nube de tabaco turco al elegante Mauricio, vestido con una americana de color de escarlata, tendido en un diván. Al entrar allí Amadeo aspira un embriagador efluvio de lujo y voluptuosidad. Hay allí espesos tapices, libros de poetas lindamente encuadernados, sobre las tablas de un aparador, y un piano siempre abierto. Un olor de perfumería fina se mezcla al del tabaco, y sobre el terciopelo de la meseta de la chimenea, la señorita Irma, favorita del dueño de aquella mansión, ha dejado la novela de moda, marcada con una horquilla en la página de lectura interrumpida.

Amadeo pasa allí una hora deliciosa. Mauricio le recibe siempre con su alegre bondad, en la que se

siente un ligero tinte de protección. Se pasea por el cuarto encendiendo y tirando sus cigarros ó bien se sienta al piano algunos minutos y toca un sollozo de Chopin, enseña á su amigo sus álbums, le hace recitar alguno de sus sonetos, aplaudiéndolos; en fin, varía de distracciones, y conquista cada vez más las simpatías de Amadeo.

Y eso que Amadeo apenas tiene ocasión de hallarse á solas con su amigo. La llave del cuarto está puesta en la puerta y á cada instante llegan compañeros de Mauricio, tan alegres como él pero más vulgares, que no tienen su buen tono y sus modales aristocráticos. Frecuentemente alguno de ellos permanece con el sombrero puesto y deja una colilla á medio apagar en el borde del piano cuando va á tocar una polka. Estas ordinarietas incomodan algo á Mauricio, que tiene la desgracia de ser delicado.

Cuando se van los compañeros, el dueño de la casa quiere que su amigo coma con él; pero la puerta se abre otra vez, y la señorita Irma, que siente frío á pesar de su abrigo de pieles y su velo, entra apresuradamente, salta al cuello de Mauricio y le besa y despeina con sus dos manos todavía enguantadas.

—¡Bravo! Comeremos los tres.



No; Amadeo se asusta de la señorita Irma, que ha tirado su manguito sobre el diván y coloca su sombrero sobre la Venus de Milo de bronce que adorna la chimenea. El joven se excusa: le aguardan en su casa.

—¡Anda, salvaje!—le dice Mauricio, que le despidiéndose riéndose.

Deseos, sueños: tal es la vida del pobre Amadeo Violette. A veces se pone triste porque observa que su padre se hunde cada vez más en su vicio, porque ninguna mujer le quiere y porque nunca dispone de una moneda de veinte francos para proporcionarse un solaz. Pero que no se queje: su existencia es noble y bella. Por eso, á veces sonríe de alegría pensando en que tiene buenos amigos. Su corazón palpita con estrepitosos latidos al solo pensamiento de una mujer: llora de emoción al leer hermosos versos, y el espectáculo de la vida se le aparece tranfigurado por el ideal y la esperanza.

¡Dichoso Amadeo! ¡Todavía no cuenta ni veinte años!

## VII

Una mañana de invierno, nebulosa y sombría, Amadeo se había emperezado en la cama. Su padre entró en el cuarto y le dió una carta que la asistente había recogido en la portería. La carta era de Mauricio quien invitaba á su amigo á comer, á las siete, en casa de Foyet, con algunos compañeros del liceo Enrique IV.

—Dispénsame que no coma hoy contigo, querido papá,—dijo alegremente Amadeo.—Mauricio Roger nos convida á la fonda.

Pero la satisfacción del joven desvaneciése en seguida al reparar en su padre, que se había sentado al borde de la cama. Habíase vuelto casi espantoso aquel hombre envejecido antes de tiempo. Tenía la tez lívida, los ojos inyectados de sangre, y su mechón de cabello gris sucio cubría casi por completo su sien arrugada. Nada más desgarrador que su aspecto senil, cuando apoyaba sus manos temblonas y descarnadas sobre los muslos. Amadeo ¡ay! que sabía la causa de que su papá hubiera llegado á aquel extremo, sintió oprimido su corazón por la lástima y la vergüenza.

—¿Te sientes mal hoy?—preguntó á su padre.—¿Quieres que comamos juntos como siempre?.. Voy á poner cuatro letras á Mauricio.

—No hijo mío, no,—contestó M. Violette con sordo acento.—Ve á distraerte un poco con tus amigos. La vida que llevas á mi lado es demasiado monótona, lo comprendo. . . . Sólo que tengo una idea que me atormenta desde esta mañana más que de costumbre. . . . y voy á decírtela.

—¿Cuál, querido papá?

—Amadeo, el pasado mes de Marzo hizo quince

años que murió tu madre. . . . Tú apenas la has conocido. . . . Era la mejor y la más dulce de las criaturas, y todo cuanto deseo, hijo mío, es que encuentres una mujer semejante para hacerla compañera de tu vida, y que seas más dichoso que yo, pobre Amadeo mío, no perdiéndola como yo la perdí. . . . Durante estos horribles quince años, desde que tu madre no existe, he sufrido espantosamente; y . . . nunca, nunca me he consolado. . . . Si he vivido, si he encontrado, á pesar de todo, fuerzas para vivir, ha sido únicamente por tí y en recuerdo suyo. Creo haber casi cumplido con mi deber. Ya eres joven, inteligente, honrado, y tienes un empleo que te da para comer. Sin embargo, yo me pregunto con frecuencia. . . . con mucha frecuencia, si en efecto he cumplido todos mis deberes respecto á ti. . .

—¡Ah! no protestes,—repuso el desdichado, á quien Amadeo estrechaba tiernamente entre sus brazos. No, no, pobre hijo mío; yo no te he amado lo bastante: el dolor se ha posesionado por completo de mi corazón. . . . Sobre todo en estos últimos años no he vivido lo suficiente á tu lado, ni he apoyado lo que debía mi debilidad en tu brazo juvenil. . . . He buscado demasiado la soledad. . . . ¿Me comprendes, Amadeo?—repuso, prorrumpiendo en un sollozo.—No puedo decirte más. . . . Hay horas de mi vida que debes ignorar, y si tienes el disgusto de saber lo que yo haga durante esas horas, es preciso que no pienses en ello, que lo olvides. . . . Yo te lo ruego, hijo mío, no me juzgues con severidad. . . . Y uno de estos días, si yo me voy. . . es preciso que te acostumbres á esta idea, porque el peso de mi dolor es demasiado abrumador y me aplastará. Pues bien; si me voy, prométeme hijo mío, ser indulgente con mi memoria, y decirte sólo, al pensar en tu padre: «¡Fué muy desdichado!»

Amadeo lloraba á lágrima viva apoyado en el hombro de su padre, que con sus manos temblorosas acariciaba los hermosos cabellos del joven.

—¡Padre mío, mi buen padre!—exclamaba Amadeo sollozando.—Te amo y te respeto con todo mi corazón. Voy á vestirme en seguida. Iremos juntos al ministerio, y volveremos lo mismo, y comeremos como un par de amigos. . . . Permíteme que te acompañe hoy todo el día, te lo suplico.

Pero M. Violette se incorporó bruscamente, como tomando una resolución.

—No, Amadeo,—dijo con firmeza.—Te he dicho cuanto tenía que decirte, y tu corazón no lo olvidará. . . . Basta. Ve esta noche á divertirte con tus amigos. A tu edad la tristeza es peligrosa. . . . Yo iré á comer á la casa del tío Bastide que acaba de jubilarse, y me ha invitado mil veces para enseñarme su casita del Gran Montrouge. . . . Es cosa convenida. . . . y yo lo quie-

ro: ¿lo entiendes? Vamos, seca tus ojos y abrázame.

Y después de haber dado un largo y tierno abrazo á su hijo, M. Violette salió del cuarto. Amadeo lo oyó tomar su sombrero y bastón en el recibimiento, abrir y cerrar la puerta y bajar la escalera con paso fatigado.

Un cuarto de hora más tarde, cuando Amadeo atravesaba el Luxemburgo para ir á la oficina, encontró á Luisa Gerard, con sus papeles de música en la mano, que iba á dar sus lecciones. La acompañó un rato, y la excelente joven reparó en seguida en el aspecto consternado y en los ojos enrojecidos de su amigo.

—¿Qué tienes, Amadeo?—le preguntó con interés.

—Luisa,—contestó él,—¿no te parece que mi padre ha cambiado mucho desde hace algunos meses?

Ella se detuvo y le miró silenciosamente y le miró con ojos llenos de compasión.

En efecto, está muy cambiado, mi pobre Amadeo. No me creerías si te dijera otra cosa; pero cualquiera que sea la causa que ha podido. . . . no sé cómo explicarme. . . . que ha podido alterar la salud de tu padre, tú sólo debes pensar en que él ha sido un tesoro de ternura y lleno de abnegación para tí, y que ha continuado viudo, todavía joven, para consagrarse por entero á su hijo único en largos años de soledad y de dolorosos recuerdos. . . . Hay que fijarse en esto, Amadeo, en esto solamente.

—No lo olvido nunca, querida Luisa, y no dudes de que mi corazón está henchido de gratitud. . . . Esta misma mañana mi padre ha estado tan afectuoso conmigo. . . . Pero su salud está ya muy gastada, ya sólo es un viejo sin fuerzas. Pronto. . . . no sólo lo temo, sino que tengo la seguridad de que pronto se hallará imposibilitado para trabajar. . . . Aún me parece estar viendo cómo le tiemblan las manos. . . . Además, no tiene derecho á jubilación. Si no cumple con su deber en el ministerio, apenas obtendrá, y eso por favor, un ligero socorro. . . . Y yo, todavía en muchos años no puedo esperar más que un sueldo insignificante. . . . ¡Ah! Pensar que pueda caer enfermo, y que por falta de recursos no me sea dado rodear de cuidados su vejez! . . . He aquí lo que me desespera.

Caminaban ambos jóvenes sobre la tierra blanda y húmeda del gran jardín, entre los árboles deshojados, y la niebla, aunque ligera y penetrante, hacíalos estremecerse de frío.

—Amadeo, dijo Luisa, mirándole seria y dulcemente.—Te he conocido muy niño y soy casi tu hermana mayor. Ya tengo veintidós años, Amadeo, soy casi una vieja, ó por lo menos tengo algunos años de edad más que tú, y esto me da derecho para reconvenirte un poco. Tú no tienes confianza en la vida y esto á tu edad es un mal. ¡Vaya! Todos tenemos nuestros pesares y cuidados. ¿Crees que no veo yo también que mi padre envejece mucho, que pierde la vista y que nuestra casa marcha peor que nunca? Y sin embargo, no por eso estamos más tristes. Mamá suprime algunos platos y yo corro por París para ganar alguna cosa: he aquí todo; pero vivimos casi como antes. . . . Yo carezco de experiencia; pero creo que para juzgarme verdaderamente desgraciada sería preciso que no tuviera á nadie á quien amar. Es la única preocupación que puede entristecer. . . . ¿Sabes que acabo de lograr una de las mayores satisfacciones de mi vida? Había notado que papá, para hacer economías ¡pobrecillo! fumaba menos que de costumbre. Pues bien: afortunadamente me ha salido una nueva lección en Batignolles, y desde que he cobrado los honorarios del primer mes, le he llevado un grueso paquete de tabaco y se lo he puesto sobre la mesa. . . . No debe uno quejarse mientras tenga la dicha de conservar personas amadas. . . . Comprendo el secreto disgusto que te atormenta respecto á tu padre, pero piensa que él ha sufrido mucho, que te ama y que eres su único consuelo. . . . Y cuando te asalten negros pensamientos, ven á casa de tus antiguos amigos, Amadeo, y ellos procurarán dar calor á tu corazón con el fuego de su amistad, comunicándote su valor, el valor de los pobres, que se compone de un poco de indiferencia y de mucha resignación.

En esta conversación habían llegado los dos jóvenes á la terraza florentina.

—Vamos de prisa,—dijo Luisa después de haber mirado al cuadrante; acompañame hasta to-



mar el ómbibus del Odeón.... me he descuidado un poco.

Amadeo, andando allado de la joven, la miraba con cariño. ¡Ay! No, no era bonita la pobre Luisa, á pesar de sus grandes ojos tan expresivos; y mucho menos coqueta. ¡Que buena y valerosa era la joven Luisa! ¡Con cuánta afusión de corazón había hablado de su familia! Para ganar el tabaco de su padre y el vestido nuevo de su linda hermana, cuyo nombre pronunciaba con maternal sonrisa, salía de mañana, con la niebla, á pisar los baches de París. Su aspecto, más que lo que ella acababa de decir, infundía en el débil y melancólico Amadeo la energía y el deseo de los designios viriles.

— Mi querida Luisa, — la dijo con emoción. — Me creo muy dichoso en tener una amiga como tú... una amiga de tanto tiempo. ¿Te acuerdas de nuestras cacerías de la gorra de pelo cuando éramos niños?

Acababan de salir del jardín y se hallaban detrás del Odeón. Los dos caballos del ómnibus de la estación, percherones de un blanco amarillento, muy cansados, se frotaban la cabeza uno á otro como para acariciarse. Luego, el de la izquierda levantó su pesada cabeza y la posó sobre la crin de su compañero.

Luisa señaló con el dedo hacia los pobres animales, cuya postura era conmovedora.

— Su suerte es bien dura, ¿no es verdad? — dijo sonriendo. — ¡Qué importa! Si son buenos camaradas.... con esto basta para soportarla.

Y después de haber dado un apretón de manos á Amadeo, subió ligeramente al carruaje.

Durante sus horas de oficina, el joven estuvo inquieto por su padre, y á las cuatro, un poco antes de la hora de salida, fué al negociado de M. Violette; pero le dijeron que el empleado acababa de marcharse, diciendo que iba á comer al Gran Montrouge, en casa de un compañero. Amadeo, un poco más tranquilo, se decidió á reunirse con su amigo Mauricio, en la fonda de Foyot.

## VIII

Amadeo llegó el primero á la cita, y no bien hubo pronunciado el nombre de Mauricio Roger, una voz vibrante gritó desde lo alto de la escalera: «¡Salón amarillo!»

El inmediatamente el joven fué conducido junto á una mesa de deslumbrante blancura por un camarero de barbita á la americana y tan ágil como un prestidigitador.

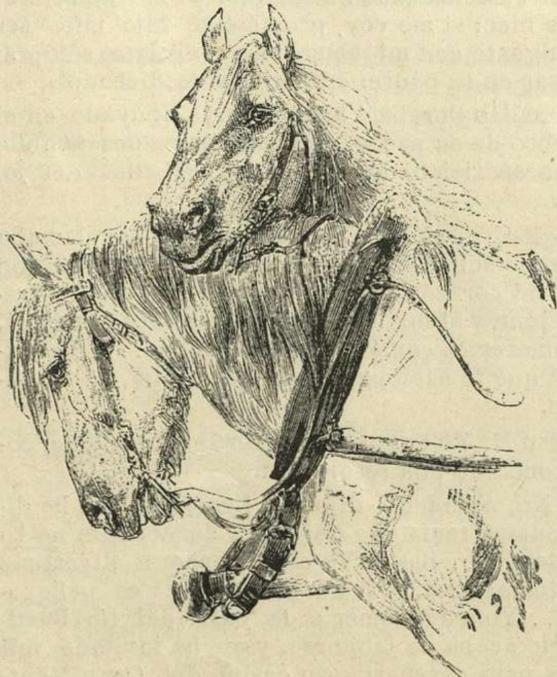
Este peripuesto personaje escamoteó rápida-

mente el paletó y el sombrero de Amadeo, y le dejó solo en el gabinete radiante de bujías encendidas.

Evidentemente se trataba de un festín. Una majestuosa fuente de cangrejos resaltaba en medio de la mesa, y cada cubierto (había cinco) estaba escoltado por un pelotón de vasos grandes y chicos.

Casi en seguida llegó Mauricio acompañado de otros convidados. Jóvenes cuidadosamente vestidos, en los que Amadeo no reconoció á ninguno de sus compañeros del liceo Enrique IV, que solían llevar la barba descuidada, la ropa sucia, medias azules y pantalones algo usados por detrás. Pero con los apretones de manos y las frases de: «¡Bah! ¿Eres tú?» «¿No te acuerdas de mí?» el joven reconoció á todos, aunque algunos estaban muy transformados.

¡Vaya! ¡Ese gránulo de hombrecillo, con la cabeza alta, como satisfecho de su persona, es Gorju, que quería hacerse actor? Pues lo ha conseguido hasta cierto punto, puesto que asiste á la clase de Regnier, en el Conservatorio. Vestido de nuevo de piés á cabeza, está resplandeciente y durante los tres minutos transcurridos desde que ha entrado ha contemplado ya diez veces en el espejo su cara de facciones pronunciadas, hechas para ser vistas de lejos, su nariz remangada y sus mejillas que se han vuelto azules á fuerza de afeitarse. Su primer cuidado es decir á Amadeo que



ha renunciado á su nombre de Gorju, imposible en el teatro, tomando el pseudónimo de Jocquilet, y después, sin perder un momento habla de sus «medios,» «de su atractivo» y de su «físico».

¿Y quién es ese alto y guapo mozo, de tan recortadas patillas, cuya cabeza y facciones regulares parece que están esculpidas en jabón, y que acaba de dejar en el sofá una amplia toga de abogado? Pues nada menos que Arturo Papillón, laureado en elocuencia latina, que quiere organizar una conferencia en el liceo y dividir la clase de retórica en grupos como un parlamento. ¿Y en qué se ocupa Papillón? Estudia Derecho y es naturalmente, secretario de la conferencia Patru. Al que más pronto conoció Amadeo fué al tercer convidado, diciendo alegremente:

— ¡Calla! ¿Eres tú, Gustavo?

El antiguo roñoso, al que llamaban «buen agüero» porque su padre había hecho una inmensa fortuna con los guanos. No ha cambiado mucho Gustavo: sigue teniendo los ojos hundidos y la tez verde gris. Pero ¡qué chic! Vestido completamente á la inglesa, desde la punta de sus botinas puntiagudas con pequeños agujeros, hasta la herradura que le sirve de alfiler de corbata, parece un jockey en día de fiesta. ¡Ese bromista de Gustavo! ¿Pero en qué se ocupa ahora? Pues en nada. ¿Para qué ha ganado su padre trapisondando doscientos mil francos de renta? Gustavo aprende á conocer la vida, nada más; y para esto se levanta todos los días á las doce con el mal sabor en la boca de la cena de la víspera, y todas las noches le sorprende la aurora en una mesa de baccarat del Club de los Pasteles, después de haber pasado cinco horas diciendo «hago la puesta» con voz sorda y cavernosa. Digo que Gustavo estudia la vida, lo cual, considerado su aspecto de clown macabro, puede conducirle el mejor día á trabar conocimiento con algo bien diferente. Pero á su edad, ¿quién piensa en la muerte? Gustavo quiere conocer la vida, ¿lo entendéis? y cuando un prolongado golpe de tos interrumpe alguna de sus idiotas carcajadas, sus consocios del Club de los Pasteles le tocan en la espalda diciéndole que tosa con moderación.

A todo esto, el camarero con facha de escamoteador ha traído la sopa, y al destapar la sopera hace tal mueca á lo Roberto Haudin, que es sorprendente que no salte de aquella un cangrejo vivo ó un ramillete de rosas. Pero no, es sencillamente un puré de lentejas. Los convidados le asaltan en silencio, pero después del vino del Rhin, todas las lenguas se sueltan, cuando el sollo normando ha sido devorado. ¡Oh envidiable

apetito de los veinte años! Los cinco jóvenes hablan á un tiempo.

¡Qué bullicio! Las frases se cruzan; Gustavo elogia las cualidades de un «stepper» que aquella mañana ha probado en la avenida de los caballeros (acá para *inter nos*, hubiérame convenido más levantarse tarde y beber un poco de aceite de hígado de bacalao); Mauricio grita al camarero que



destape el Chateau Leoville; Amadeo habla de su futuro drama al futuro actor Gorju, alias Jocquelet, y éste, como hombre de experiencia, le da consejos con su voz de trompeta que sale de su nariz de idem, y cita la famosa frase de Talma á un poeta dramático: «Sobre todo, nada de versos;» Arturo Papillón que se dedica á la tribuna, encuentra excelente ocasión de ejercitarse en dominar el tumulto de las asambleas, y brama para él solo el elogio de un discurso de Julio Favre.

En esta mezcla de conversaciones, el tímido Amadeo es vencido de antemano. Tampoco Mauricio tarda en callarse, sonriendo un poco desdeñosamente por bajo de su bigote rubio, y un ataque de pituita pone á Gustavo fuera de combate. Sólo el abogado y el futuro actor, semejantes á dos navíos de línea que disparan sus andanadas, continúan cañoneándose de palabra. Arturo Papillón que es de la oposición liberal, desea que el gobierno imperial vuelva al «juego pacífico y regular de las instituciones parlamentarias, y para apoyarlo muestra un número del *Correo del Domingo* y quiere leer un artículo, pero el futuro actor se lo impide dando rienda suelta á su terrible órgano de voz, que se asemeja á la bocina de Gedeón; y decididamente victorioso, prorrumpie en mil necedades, declarando que el personaje de Alceste debe representarse en bufo. Critica á Shakespeare y á Hugo, y exalta á Scribe. Luego, sin interrupción, á pesar de su perfil de botarga de la Edad Media, que le asegura en el porvenir un puesto en el género cómico, afirma que él ha venido al mundo para representar papeles de galán joven, y que se encarga de hacer «simpático» el de Nerón en *Británico*.

Esta jerga hubiera sido abrumadora sin la entrada en escena de unas perdices trufadas, que el escamoteador trincha y distribuye en menos tiempo que hubiera empleado en barajar unos naipes «no preparados.» Sirve al sencillo Amadeo el peor trozo, del mismo modo que le hubiera obligado á elegir el nueve de bastos. Luego llena las copas de Chambertin, las cuales se encargan de vaciar á porfía todos los concurrentes; exáltanse otra vez las imaginaciones; pónense de nuevo todas las lenguas en movimiento, y la conversación (esto era inevitable) versa sobre mujeres.

Jocquelet empieza pronunciando el nombre de las más célebres y lindas artistas de París. Las conoce á todas, y las describe como si se hubieran quitado el corsé delante de él; menciona la lista de sus amantes, y pormenoriza sus bellezas como un mercader de esclavas.

—Lucilita Prunelle,—dice,—acaba de euredarse con el gran Moncontour....

—No es cierto,—interrumpe Gustavo, con cara de desenterrado—le ha dejado por Gerfbeer, el banquero.

—Te digo que no.

—Te digo que sí.

Y por poco arman camorra, si Mauricio, por ponerles en paz, no se hubiese chanceado con el bello Arturo Papillón á propósito de sus amores.

Porque el joven abogado bebe muchas tazas de té orleanistas, va á los mismos salones que Beulé y

Prevost-Paradol, y acompaña á mujeres políticas á las recepciones de la Academia francesa!

—¡Ah, malvado!—dice Mauricio,—debes hacer estragos.

Y Papillón lo niega con sonrisas llenas de fatuidad y de sobrentendidos y añade sentenciosamente, metiendo los dedos pulgares de ambas manos en las aberturas de su chaleco:

—*Abstineo Venere*,—y baja cómicamente los ojos; porque hay que tener en cuenta que no le asustan las citas en latín.

Además, se declara muy exigente en tales materias; sueña con una Egeria, con un espíritu superior.

Lo que se calla es, que ayer mismo una diablillo de modista, á quien quiso hablar en la calle Soufflot, al salir de la Escuela de Derecho, le midió de piés á cabeza, amenazándole con llamar á la pareja de orden público si no la dejaba en paz.

A consecuencia de una nueva broma de Mauricio, el abogado formula en los siguientes términos su programa amoroso:

—Tened entendido que aun cuando una mujer poseyera la inteligencia de Hypatia, la sensibilidad de Heloísa, la sonrisa de la Yoconda y las formas de la Antíope, si á estos atractivos no reunía la garganta de la Venus de Médicis.... yo no podría amarla.

Sin elevarse tanto, el futuro cómico se muestra también muy exigente, especialmente desde el punto de vista plástico. Para él, Déborah, la trágica del Odeón, que es una estatua griega, tiene las manos demasiado grandes y la hechicera Blanca Pompón, que incendia los proscenios de variedades, no es más que una muñeca de cera.

—Pero el más intratable de todos es Gustavo. Excitado por el vino de Borgoña (le sentaría mejor medio vaso de agua de Aguas Buenas, toma-



do con leche caliente por las mañanas) proclama que la más hermosa criatura del mundo no es «agradable más que para una noche: esto, para él, es axioma inconcuso, y únicamente hace una excepción en favor de la ilustre bailarina del casino Cádiz; Nini la auvernesa, merced á la gracia diabólica que ostenta cuando se cena con ella; es para morir de risa.

En efecto, Gustavo, no os moriréis de risa, pero os iréis consumiendo poco á poco, si no os decidís á llevar una vida más metódica y á pasar todos los inviernos en el Mediodía.

El sencillo Amadeo sufre un suplicio, porque siente heridas todas sus ilusiones, que son una mezcla de deseo y de sentimiento. Además, acaba de descubrir en sí mismo una deplorable facultad, una nueva causa para ser desgraciado, y es: que el espectáculo de la tontería le hace padecer. ¡Qué groseros y mentirosos son esos jóvenes! Gustavo le parece un tonto de solemnidad, Arturo Papillón un pedante; en cuanto á Jocquelet le encuentra tan insoportable como un moscón que zumba entre el cristal y la cortina del cuarto de un hombre nervioso.

Afortunadamente, Mauricio da la nota al gre, prorrumpiendo en una juvenil carcajada.

—Pues bien, amigos míos!—exclama,—sois unos necios, y.... ¡por Priapo! que yo no me parezco á vosotros; yo no me meto en tantos dibujos. ¡Viva mi mujer y vivan las mujeres!.... Sí, todas, las bonitas y las otras, porque verdaderamente no hay feas siendo del otro sexo. Yo no quiero notar que esa miss tiene piés de inglesa, y olvido la tez de vendimiadora de la posadera y que su garganta es tan basta que rompe el cuello de su camisa.... Así, pues, no digáis majaderías y ha-

ced como yo: morded todas las manzanas mientras tengáis dientes.... *Gaudemus igitur*.... ¿Sabéis por qué en el mismo momento en que requiebro al ama de la casa me llama la atención la nariz de la criada, que trae una carta? ¿Y sabéis por qué al salir de casa de Cydalisa, que me ha puesto una rosa en el ojal del paletó, vuelvo la cabeza al ver pasar á Margotón, que viene del mercado con la cesta debajo del brazo? Pues porque es otra, ¡hijos míos!, otra. He aquí la gran palabra! Sí, las mil tres.... Don Juan tiene razón.... Yo siento correr por mis venas su hermosa sangre de libertino.... y.... el mozo va á servirnos un poco de champagne, ¿no es así? para beber á la salud del amor.

Mauricio es un cínico, pero esta explosión de juventud resulta agradable. Todo el mundo aplaude. El prestigeador, de delantal blanco, que bulle en torno de la mesa como un pensionista del palacio de los monos, hace saltar el tapón de una botella de Røederer (es raro que no salgan de ella fuegos artificiales) y ved aquí que vuelve el buen humor. Reina este bullicio hasta el fin de la comida, y sólo es turbado por el imbécil Gustavo. Ha querido beber tres copas de kummel (¿por qué no le han servido jarabe de savia de pino?), y figurándose que Jocquelet le mira de reojo, manifiesta súbitamente la formal intención de tirarle una botella. El cómico, muy pálido, recuerda todas las escenas de provocación que ha visto en el teatro; se incorpora en su silla, arquea el pecho y dice: «Estoy á la orden de usted,» procurando representar la situación. Pero todo es inútil. Gustavo, detenido por Mauricio y Amadeo, está completamente ébrio; á las amonestaciones de sus amigos, sólo responde con un torrente de lágrimas, y cae de bruces sobre la mesa, rompiendo algunas piezas de vajilla.

—Vamos, es preciso acostar al niño,—dice Mauricio haciendo una seña al camarero.

¡Ah, Roberto Houdín! En un abrir y cerrar de ojos, el harapo humano que se llama Gustavo, es levantado de su silla, abrigado con el sobretodo, cubierto con su sombrero, descendido por la escalera y tirado en un coche de plaza. Después vuelve el escamoteador, y ejecuta su última suerte, haciendo desaparecer el plato en donde Mauricio ha arrojado algunos luises para pagar la cuenta.

Es tarde, más de las once, y los amigos se dan los apretones de mano de despedida entre una niebla densa y húmeda, á través de la cual los mecheros de gas se parecen á los faroles de papel de los vendedores de naranjas. ¡Brr! ¡qué humedad!

De una y otra parte se oyen las consabidas frases de despedida.

—¡Adiós!

—Hasta la vista.

—Que sigas bueno.

—Gracias. Lo mismo.

—Memorias á las señoras.

Arturo Papillón, que está de frac y corbata blanca, como todas las noches, tiene tiempo todavía para presentarse en un salón político de la orilla izquierda para ver al historiador ginebrino



Moichod, autor de esa famosa *Historia de Napoleón* en la que sienta la premisa de que Bonaparte fué un madiano general y que todas sus batallas fueron ganadas por sus lugartenientes.

(Continuará.)

## Páginas de la Moda



FIG. 1.—GRUPO DE TOILETES PARA CALLE.

### SAFO Y ASPASIA.

#### I

□ No puede vanagloriarse la Grecia antigua de los tipos femeninos que representen más genuinamente los brillantes dones de la inteligencia. Aspasia es la expresión de la elocuencia, Safo la musa de la poesía: disputa el premio á Alceo en certamen poético, como lo disputa Aspasia á Sócrates en discusiones filosóficas.

□ Los historiadores han cometido una omisión denominando siglo de Pericles á la época más notable de Grecia; debieron denominarla siglo de Pericles y Aspasia, ya que ésta fué la inspiradora del restaurador de Atenas.

Nueva Onfalia apellidábanla los poetas por la influencia que ejercía en Pericles. ¿Quién podrá negar á esta mujer importancia. Platón afirma que muchos de los discursos pronunciados por Pericles son de ella; Luciano la declara hábil política; Fideas confiesa que supera en sentimiento estético á todos los artistas.

Brillante fué la existencia de Aspasia; ambiciosa de gloria, abandona á Mileto para marchar al emporio de las artes y las letras, y apenas llega á la ciudad de Cécrope fórmanle círculo Sócrates, Platón. Pericles y Alcibiades.

Extraordinario talento necesitábase para distinguirse por la elocuencia en la patria de los oradores, mas tan difícil triunfo lo alcanzó Aspasia.

Safo y Aspasia son más que Helena el alma de Grecia: Helena perfeccionó la plástica inspirando la idea de la verdadera belleza, pero Safo y Aspasia perfeccionaron el espíritu haciéndole remontar á las más altas esferas. Elegantes improvisadoras, una en prosa y otra en verso, fueron maestras de grandes hombres. Háseles atribuido á estas dos celebridades defectos que no tuvieron, porque el haber nacido en Mileto y en Lesbos, ciudades muy corrompidas, fué para ellas pecado que debían expiar.

El genio siempre poderoso, libertó á Safo y Aspasia de la esclavitud que sufrían las demás mujeres, el genio las elevó por cima de todas ellas, conquistándoles

un lugar entre los hombres ilustres cuando la mujer no lo había alcanzado aún ni entre los hombres vulgares.

Atenas debe á Aspasia su engrandecimiento, pues cuanto hizo Pericles, el regenerador, aquel á quien llamaron el Olímpico, lo hizo por influencia suya.

Prodigioso fué el talento de Aspasia: á los diez años de edad leía á los filósofos, poetas y oradores, comprendiéndoles. ¿Cómo no había de ser ídolo de Atenas la mujer que unía á la más clásica perfección de las modas los encantos del ingenio? Su padre era escultor y por eso, al hablar de él, decían mostrando su admiración hacia la amada de Pericles.

«Preciso es que Rhodos tenga en el entendimiento impresos juntamente los tipos de la belleza y la sabiduría, pues que tal hija ha engendrado.»

Mucho debía valer Aspasia cuando supo elevarse desde su humilde condición al alto rango de Pericles, y muerto éste hacer del obscuro y vulgar Lysicles nada menos que un Arconte.

Sabido es que Aspasia, cuando se enamoró de Pericles pertenecía al número de las hetairas.

sofos y discutía con los polemistas. Hubo hetairas muy famosas; las más célebres, residían en Mileto, en Lesbos y en Corinto. Algunas de ellas han pasado á la historia. Thais fué amada de Alejandro, Mirrina de Tolomeo, Arqueanasa de Platón y Teodota de Sócrates.

A falta de virtudes femeninas poseían virtudes viriles: Glicería desdeñó un trono egipcio por no separarse del poeta Menandro; Leena se cortó la lengua y la arrojó á sus asombrados verdugos para no revelar el nombre de su amante acusado de conspirador.

Superior á todas las hetairas era Aspasia, que supo apoderarse del corazón de Pericles, obligarle á separarse de su mujer y á que le diera el lugar de ésta.

Fué tan grande su importancia en el pueblo griego, que mereció el renombre de Helena, más que por alusión á su hermosura, por haber originado las guerras de Samos, Megara y la muy famosa del Peloponeso.

Aspasia se adelantó á su siglo: tuvo presentimiento de la unidad de Dios y, al negar á los falsos dioses, fué acusada de irreligión por el poeta Hermipo, pero ella se defendió ante el Aréopago, quedando absuelta, gracias á su elocuencia.

Aspasia, como Targelia, dominó á los próceres;



FIG. 2.—SOMBRERO ODETTE.

La hetaira es un tipo poco conocido que merece descripción. Regalada en Grecia la mujer al gineceo encerrada en el hogar sin ocuparse más que de las faenas vulgares, sin asociarse á la vida pública del hombre, sin acudir á los teatros y festines, viviendo á su lado en una especie de infancia eterna, sin llegarse á realizar nunca en aquellos matrimonios el matrimonio de las almas, los hombres superiores sintieron el vacío que deja en la existencia del marido la compañera que carece de inteligencia é instrucción, y dedicáronse á buscar á la mujer culta.

Para guardadora del hogar y conservación de la especie tenían á la esposa que no era más que procreadora, para los placeres fáciles á la cortesana vulgar, para la voluptuosidad del alma á la hetaira. Educábase á la hetaira en colegio, enseñándosele música, poesía y todas las hechicerías que encierra el arte de agradar, todas las seducciones hijas de la más refinada coquetería, para que con ella satisficiera el espíritu y la materia. Sabía dar variedad al placer descartándolo de la parte grosera, encender los deseos, avivar el fuego de los sentidos; era, en fin, la poesía de la sensualidad, la esencia de la materia idealizada. La hetaira no aceptaba más que un amante; al hastiarse de él, sustitúiale por otro. La hetaira visitaba el taller del artista y servía á éste de modelo, conversaba con los filósofos



FIG. 4.—CUELLO REGENTE.

ambas poseían notable inteligencia. La amada de Pericles tenía tanto arte en la oratoria que aprendieron muchos atenienses de ella.

Por haberse extendido notablemente la fama de Aspasia, algunos hombres ilustres daban tan brillante nombre á la mujer que querían distinguir: así lo hizo Ciro con su amada Milto.

Gloriosa fué la vida de Aspasia: Pericles gobernó al culto pueblo ateniense, mas ella gobernó al ilustre gobernante.

CONCEPCION JIMENO DE FLAQUER

En boca del embustero ni la verdad es buena. Las cosas son para el que las halla, no para el que las busca.

Los poetas son los historiadores del sentimiento. Los cuerpos humanos, lo mismo que los celestes, tienen atracción y repulsión.—Cervantes.



FIG. 5.—SOMBRERO ROXANA.

### LA EDUCACION DE LOS HIJOS

Antiguamente los padres educaban á los hijos por el terror: hoy, en las clases acomodadas sobre todo, los dejan hacer todo lo que quieren y los convierten en pequeños tiranos.

Ambos extremos son viciosos. Al niño debe tratársele con suave firmeza; enseñarle á obedecer, pero no intimidarlo con amenazas ni castigos. Tan pronto principia á comprender, el padre prudente le explica, lo que es bueno y lo que es malo: le elogia cuando se porta bien y le reprende cuando hace algo malo, no consintiendo de modo alguno que le desobedezca, porque si lo tolera una sola vez: el niño volverá á desobedecerle y al poco tiempo tendrá que emplear medios violentos para reducirle á la obediencia. Cuanto más tarde, más difícil le será dominarlo y tendrá que apelar á severos castigos ó dejarle perder.

Es defecto general de los padres y más aún de las madres, traducir en gracia muchos actos de mala crianza de sus hijos. Los que quieren juzgar con imparcialidad de esos actos, examínenlos en los hijos del vecino, y verán cuán feos é insufribles les parecen; por ahí podrán comprender lo que de los suyos pensarán los demás.

Los que son demasiado severos con sus hijos, deben acordarse de lo que ellos hacían cuando eran de la misma edad, y de seguro serán más indulgentes.



FIG. 3.—TRAJE PARA SEÑORITA



FIG. 6.—TRAJE ZARA.



FIGS. 7 Y 8.—DOS TRAJES ELEGANTES.

Cuando falta alguna cosa ó aparece rota, hay padre que llama á su hijo con acento iracundo y le pregunta con voz de trueno si ha sido él quien cometió la fechoría.

¿Qué ha de hacer el muchacho sino mentir en caso de que él halla sido, lo mismo que mentiría su padre en un caso igual si su interrogador le amenazara con un revólver ó un puñal?

De ese modo es como muchos padres forzan á sus hijos á ser mentirosos.

Al niño, primero, y al muchacho después, debe tratarse como persona verídica y no manifestar nunca desconfianza de su palabra, aunque se tenga. Esta confianza le energullece y la anima á decir siempre verdad. Si ha obrado bien, conviene elogiarle y reprenderle con dulzura si ha hecho mal, explicándole, al mismo tiempo la fealdad de su acción, para convencerle de que no se le reprende por capricho.

Cuando el muchacho sabe leer, conviene poner en sus manos libros escritos para ellos, en que se relatan cuentos, anécdotas ó historias sencillas muy á propósito para desarrollar los buenos instintos é inclinaciones en las mentes infantiles.

Los castigos, sobre todo los corporales, deben evitarse siempre. La persuasión y la firmeza de carácter son los medios más efectivos. Para eso es preciso que los padres no lleven su excesivo amor hasta el extremo de que sus hijos no les pierdan el respeto porque entonces hay que apelar al castigo para recobrarlo. De lo contrario el hijo se pierde.

En la mayor parte de los casos, la mala educación de los hijos, depende ó del amor mal entendido de los padres, ó del abandono de los mismos. ¿Cuántos jóvenes se vuelven viciosos y se pervierten porque sus padres no supieron educarlos! La educación moral de los hijos es una empresa que requiere mucho tacto y exquisita delicadeza; y no obstante, ¿cuántos son los padres que se cuidan de llenar cumplidamente este deber? Con vestirlos del mejor modo que pueden y tenerlos bien alimentados, creen haber satisfecho sus obligaciones.

Cuando después resulta uno pendenciero, insolente, jugador, borracho, asesino, exclaman el padre y la madre «¿qué desgracia!» y no se convencer de que ellos tuvieron gran parte en la pérdida de su hijo, por no haber reprimido á tiempo los instintos de su prole.

### Nuestros Grabados.

FIG. 1.—GRUPO DE TOILETTES PARA CALLE.

A.—Traje de sarga gris acero. Falda con tres grandes vuelos, triangulares los dos primeros, cayendo sobre el primero graciosamente. Blusa plegada. Plastrón plissé muy reducido y prolongándose en cuello alto.

B.—Gran toilette de cheviotte. Jacquette militar orlado de cinta de seda. Cuello fantasía. Falda sencilla ornada de cinta de seda clara.

C.—Paletot de pieles. Corto, recto y ajustado, cuello princesa.

D.—Gran sombrero. Es en tricornio de fieltro con dos grandes lazos de raso á derecha é izquierda. Gran penacho cayendo graciosamente á la izquierda. Bajo la falda un lazo de terciopelo.

FIG. 2.—SOMBRERO ODETTE.

Capelina para señorita, género antiguo, en fieltro negro muy blando inclinándose á la derecha y hacia atrás.

Sobre la parte superior de la falda, nudo de terciopelo negro aconchado. Al rededor de la falda un simple terciopelo negro anudado en cuatro largas conchas.

FIG. 3.—TRAJE PARA SEÑORITA.

Se hace en lana gris ó en paño amazona. La falda está guarnecida de un pequeño volante en forma. Fichú pelegrina, adornado de un gran volante de blonda. Plastrón y cuello de terciopelo.

FIG. 4.—CUELLO «REGENTE.»

Es de paño avellana. Con doble pelerina hecha de patas de paño sobre paño blanco. La estola y el collet son de una gran elegancia.

FIG. 5.—SOMBRERO ROXANO.

Capelina de terciopelo negro de doble caso. Puede llevarse levantado delante estilo Cyrano, como lo muestra el grabado.

Sobre la parte levantada un nudo de conchas de terciopelo negro superpuestas. Grandes penachos de avestruz.

FIG. 6.—TRAJE ZARA.

Redingote para señorita en paño gris oriente, ornado de bordados de pasamanería negra. Se compone de una espalda recta, estilo sastre y de un delantero cerrado en medio con un plastrón.

FIG. 7 Y 8.—DOS TRAJES ELEGANTES.

Ambos muy sencillos y elegantes, de sarga de lana con aplicaciones bordadas de mucha fantasía en el cuerpo.

FIG. 9.—CAPOTA MUGUET.

Muy ligera y muy elegante. En la parte anterior un gran lazo fantasía formando alas y antenas de muselina de seda orladas de encaje. En la parte posterior grandes chifones de tul, alternados con rosas.

Alabar una buena acción es participar en ella.—*Rochejoucauld.*

\* \*

La cólera empieza por la locura y acaba por el arrepentimiento.—*Máxima Oriental*

\* \*

El esclavo no tiene más que un amo; el ambicioso tiene tantos como personas pueden serle útiles en sus aspiraciones.—*La Bruyere.*

\* \*

Los grandes pensamientos proceden del corazón.—*Vauvenargues.*

### Otro pago de \$2,000.00 de LA MUTUA EN MONTERREY.

Diciembre 24 de 1898.—Señores Christy & Abell, Agentes Generales de "La Mutua" de Nueva York.

--Presentes.--Muy Señores míos:

Cumple á mi gratitud dirigir á ustedes la presente para participarle al Sr. D. Donato de Chapeaurouge, Director General de "La Mutua" de Nueva York en esta República que por la intervención de ustedes como Agentes Generales de esta Compañía, y ante el Notario Público D. Francisco L. Pérez me han pagado la suma de [\$2 000.00.] dos mil pesos importe de la póliza número 355,044 en la que estuvo asegurado mi finado esposo James M. Cupp, cuyo fallecimiento hoy deploro profundamente.

Con gratitud para ustedes y principalmente para el Sr. Chapeaurouge como Director General, autorizo á ustedes para hacer de esta carta el uso que crean conveniente á los intereses de la Compañía que representan, suscribiéndome con este motivo respetuosa y adictamente affma y aita S. S.

Marta A. Cupp.



FIG. 9.—CAPOTA MUGUET.